El revés del día

II Festival de Literatura de Córdoba

Natalia Nai
Agustín Ducanto
Leonardo Juan Páez
Agustín Barberis
Natalia Ferreyra



eduvim

El revés del día

II Festival de Literatura de Córdoba



El revés del día / Natalia Nai... [et.al.]; adaptado por Marc Delmon.
- 1a ed.-Villa María: Eduvim, 2013.

80 p.; 21x15 cm.-(Pajarito de agua / Carlos Alberto Gazzera)

ISBN 978-987-699-088-2

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Nai, Natalia II. Delmon, Marc, adapt. CDD 863

Editor: Diego Vigna
Diseño de tapa y maquetación: Silvina Gribaudo



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por **EDUVIM** incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Libro Universitario Argentino

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

© 2013, Eduvim

Índice

Prólogo 7
Eugenia Almeida

Los ratos libres 9
Natalia Nai

Nadie va al circo a ver los payasos 29
Agustín Ducanto

Animal 45
Leonardo Juan Páez

Mal tiempo 57
Agustín Barberis

Maruata 69
Natalia Ferreyra

En 2012, en el marco del II Festival Internacional de Literatura de Córdoba (FILiC), EUNIC organizó un concurso de cuentos dirigido a escritores menores de 35 años. El eje narrativo propuesto fue: "La literatura, espía de la realidad".

El primer premio lo obtuvo *Los ratos libres* de Natalia Nai. Las menciones fueron para *Nadie va al circo a ver los payasos* de Agustín Ducanto, *Mal tiempo* de Agustín Barberis, *Maruata d*e Natalia Ferreyra y *Animal* de Leonardo Juan Páez.

Este libro presenta los trabajos ganadores e intenta servir de enlace entre los lectores y estos nuevos narradores.

Los ratos libres tal vez sea el relato que más se acerca a plantear preguntas sobre la relación entre la literatura y la realidad. Un preso escribe –a escondidas– pequeños papeles donde cuenta, confiesa, imagina, convoca o quizá exorciza lo que le ha tocado vivir.

Escribir es "lo que lo mantiene cuerdo, lo que lo está volviendo loco". Y quizás allí esté el nudo de ese acto tan extraño y humano de escribir: una marca de frontera, siempre íntima y personal, entre la locura y la cordura. Escribir no nos vuelve cuerdos. Ni nos enloquece. Pero, y esto es lo importante, todo el tiempo trae a la luz dónde está para cada uno de nosotros ese límite que separa una cosa de la otra. Después, se puede cruzar o no. La literatura ya lo ha hecho visible.

En *Los ratos libres* hay presos, un profesor que vino a dar un taller de literatura y no volvió más, los familiares que llegan con las visitas y el inquietante Coleccionista de Almas. Es la historia de una transformación o, quizás, del descubrimiento y la aceptación de lo que realmente somos y finalmente se ha revelado.

¿Qué pasa cuando una persona cambia el contenido de sus bolsillos y donde antes había hojas cuadriculadas ahora hay un cuchillo? ¿Qué tipo de arma es la escritura?

Natalia Nai cuenta una historia difícil, dolorosa. Y se da el lujo, en algunos tramos, de usar el humor. Un humor denso, corrosivo, que desvela lo que hemos invisibilizado.

Hay que estar atentos a las cosas que escribe Nai. Hay que buscar sus libros cuando lleguen.

También uno de los cuentos que obtuvieron menciones trabaja con el humor desde un lugar desplazado. *Nadie va al circo a ver los payasos* es un relato preciso, angustiante, con un raro encanto. Una historia trágica atravesada de un humor triste que asusta y conmueve. El tipo de humor que sólo puede sentir –o generar– una familia de payasos en peligro.

Son cinco autores. Entre ellos hay quien está a punto de terminar la carrera de letras y quien se dedica a la ingeniería. Hay estudiantes de traducción y comunicadores sociales.

Algunos ya han publicado sus relatos en otros soportes –la revista Deodoro o una antología surgida de un taller literario– y más de uno está trabajando en su primer libro.

Nacieron en la provincia de Córdoba. Tres en la ciudad capital y dos en el interior.

Para algunos, este fue el primer concurso al que se presentaron. Para la mayoría, ser seleccionados significó una suerte de confirmación. Y eso es particularmente valioso. Los concursos son una de las posibles puertas para poner en juego lo escrito, para hacerlo circular, para compartirlo.

En estos cuentos está la posibilidad de espiar –ahora, desde el lugar de lectores– algo de lo que escriben cinco jóvenes narradores de nuestra provincia. Tres de los relatos hablan de un crimen. O de varios. En uno de ellos aparece, descarnadamente, la violencia que atraviesa lo social –el trabajo y sus precariedades– y lo íntimo –los horrores que a veces suceden puertas adentro–. La violencia política también está presente. Hay un viaje que se convierte en la "última etapa" de un duelo. Hay una tropilla de miedos que sale invadiendo el paisaje. Hay transformaciones.

Bienvenidos

Eugenia Almeida

Los ratos libres

Natalia Nai

Para Beatriz Eloísa,
por su invaluable crítica literaria,
y por todo, de a poco, por siempre.

Of all evil I deem you capable: therefore
I want good from you. Verily, I have often
laughed at the weaklings who thought
themselves good, because they had no claws.
F. Nietzsche, *And thus spoke Zarathustra*

En sus ratos libres, que son todos, a veces Tito escribe. Hace seis meses hubo un tipo que vino a dar un taller; Escritura Creativa o algo así, que vino dos veces y después no vino más. Tito igual escribe sin que nadie lo aliente ni le pregunte, porque Tito escribe, pero lo que escribe es, en parte, un secreto. Es un triunfo el tener un secreto allí donde los secretos ya no existen, aunque no estén prohibidos. Tito vive en una "comunidad estrecha", y a veces lo dice, y a veces lo dice en voz alta. Así, con suerte se logra esconder alguna miseria. A Tito se lo ve escribir, y por eso se sabe que escribe, aunque no se sepa qué, ni para qué. Varias veces lo apretaron, de puro aburrimiento, y la primera vez se meó encima, pero no dijo nada. O dijo "una carta". O dijo "una carta para tu vieja, que me debe estar extrañando", y pasó tres días en cuidados intensivos. Esconde lo que escribe en un colchón que no es el suyo, o ya se lo habrían encontrado. Lo esconde adentro del colchón del Gordo Funes, porque al Gordo no lo jode nadie, y encima ni se da cuenta (¿o hace como si no se diera cuenta?). A Tito lo aterra el Gordo Funes, el guardián de lo que escribe, pero igual sigue escribiendo y escondiendo, porque siente que es lo que lo mantiene cuerdo, lo que lo está volviendo loco.

En algunos de sus ratos todos libres, a veces Tito imagina que lo acaban de traer. Busca, en ese lugar que está cada vez más lejos, cada vez más oscuro, cada vez más rancio, y trae de vuelta todo lo que puede: el asco a los olores, el terror, la curiosidad. A veces escribe sobre eso; escribe sus impresiones, como si acabara de llegar. A veces no le sale ser él mismo, y entonces se imagina que fue a visitarse, y escribe sobre lo desmejorado que lo vio a Tito.

"¿Sabés por qué estamos acá?", le pregunta el Rengo Amaro con aliento a mate cocido. "Porque no saben qué mierda hacer con nosotros", le dice, y se ríe. Y Tito se ríe también, mientras piensa que sí que saben qué hacer con un hijo de remil puta como el Rengo. Que cualquiera sabría qué hacer, pero nadie se anima. Y se sigue riendo como lo hace todos los días. Porque el Rengo es amigo, y hay que reírse. Que si no fuera por el Rengo aquella genialidad de "carta para tu vieja", que le dijo al Santo, por ahí le termina costando la vida.

¿Y qué hace acá un tipo como el Rengo? "No saben qué hacer con nosotros", pero ¿para qué están acá? ¿"Pagando su deuda con la sociedad"? El Rengo no tiene una deuda con la sociedad, tiene una deuda con una vieja a la que le vació la casa. Con los dos (¿o eran tres?) pendejos que eran hijos de ese tipo que, por el Rengo, dejó de ser. Con el pobre tipo al que dejó sin bicicleta y, ya que estaba, sin perro, "¡de puro jodón nomás!". El Rengo no le está pagando nada a nadie. Nadie se anima a hacer que empiece a devolver la bicicleta, aunque sea en cuotas.

Cuando los sacan al sol, si hay mucho sol, Tito cierra los ojos y se imagina que está a la orilla del río. Cada vez le resulta más fácil imaginarlo, y sobre esta facilidad también escribe bastante porque, de algún modo, le preocupa. ¿Y si de tanto esforzarse por imaginar, lo único que hace es deformar el recuerdo? ¿Y si eso que él recuerda sobre las sensaciones de estar a la orilla del río es en realidad lo que se siente ser un

preso, en el patio de una cárcel, con los sonidos y los olores de otros presos, fingiendo que aún es capaz de imaginarse otra cosa? Todo esto escribe Tito, y se guarda el pedazo de papel para esconderlo más tarde, a través de un agujero, adentro del colchón del Gordo Funes.

Tito se acuesta y cierra los ojos, y se imagina que está durmiendo en una pensión barata, y piensa "qué olor a mierda que hay acá, no vuelvo más", y se ríe en silencio para no despertar al Gordo Funes que ronca como un hijo de remil puta. Sigue pensando en el consuelo del Rengo Amaro, "no saben qué hacer con nosotros", y piensa en escribir, pero en la oscuridad no le sale bien la letra, así que casi nunca lo hace. El Gordo Funes ahorcó una nena, y lo encontraron y "no saben qué hacer con él, así que lo guardaron acá". ¿Lo guardaron para qué? ¿Para cuándo? ¿Temen una escasez mundial de Gordos Funes y lo tienen en reserva? La idea le hace mucha gracia, y se muerde la mano para no reírse, y el gesto lo hace pensar de nuevo en la nena que ahorcó el Gordo, en "la que se sabe que ahorcó", como le contó el Rengo, y ya no se quiere reír. Igual, a la historia Tito ya la conocía, porque la vio en televisión, se acuerda de los vecinos con los cartelitos de "Justicia para Adriana". En aquel momento Tito pensó que "justicia" es una palabra rara, y que ya nada en este mundo podía ser "para Adriana", porque Adriana había dejado de ser de este mundo. También lo vio al papá de la nena, llorando en televisión, tratando de decir algo que Tito no llegó a entender. "Ese tipo", pensó Tito, "también sabría qué hacer con el Gordo Funes, si dejara de llorar por un minuto". Pero al Gordo Funes sí que lo entendió esa vez que fue juntando las manos y le susurró: "como un ratoncito", y lo miró con esa sonrisa infantil que tiene el Gordo, con los ojitos llenos de brillo, con esa cara de nene que ronca ahora a un metro y medio de Tito, esa boca de nene que ahora le sonríe de nuevo: "mirá Tito, ¡como un ratoncito!", le dice con ternura, y Tito quiere

que se dé vuelta, quiere ver qué tiene el Gordo en las manos y a la vez no quiere, pero ya se dio vuelta, y se ríe con su risita infantil mientras sigue apretando el cuello que podría ser de Adriana pero no puede ser porque es de Sonia, que ya casi ya casi ya casi está muerta, ya casi se sacude despacito, ya más despacito, ya más no, mas no más, no. Cuando Tito se despierta, el Gordo Funes está silbando; está de buen humor. Debe ser día de visitas.

"¿Seguro que no querés un cuaderno? Mirá, te traje éste, por si querés. ¿No querés?". Tito sacude la cabeza con un movimiento mínimo "no, gracias, prefiero hojas sueltas". A Tito le gustan las visitas, y a la vez no. Le gustan, porque Ricardo le trae papel, aunque no sepa bien para qué. Quince hojas cuadriculadas grandes y finitas, una hoja rayada y gruesa más chica, y, de vez en cuando, algo para escribir bien finito. No sabe si a Ricardo le gustan las visitas; a lo mejor si Tito aceptara el cuaderno, Ricardo podría pasar algunas semanas sin venir. Pero no lo puede aceptar, quiere pocas hojas para doblarlas y esconderlas en su ropa, primero, y adentro del colchón del Gordo Funes, cuando estén llenas. "Tito, ¿vos estás bien?". Tito no le contesta, mira a su hermano y le ofrece la sombra de una media sonrisa, que es mentira pero es suficiente. "Contáte algo", le pide, y Ricardo le cuenta. Muchas de las hojas van a ser borradores, porque a veces la letra le queda medio grande. O no le va a gustar lo que escribió y se las va a comer. Ricardo le cuenta que se mudó una gente nueva y puso una verdulería, que tienen una Estanciera de esas de antes como la que tenía el tío José pero cuidada como nueva, que ayer comió locro y le cayó pesado, que el gato del vecino de al lado se enfermó y se murió "así de golpe", que alguien le manda saludos. Esto último, Tito sabe, es mentira, pero no importa porque igual se quedó pensando en el gato. En parte las visitas no le gustan porque Ricardo le miente, y la verdad es importante para Tito. No le gustan porque no sabe cómo

mirarlo, no sabe qué decirle, no sabe cómo dolerle menos, y a Tito le duele dolerle a Ricardo. Ve que se le oscurece la mirada y siente que se asfixia, no lo soporta, "¿sabés de qué me acordé ayer? Del viejo Martínez, que siempre nos puteaba cuando lo saludábamos". Mentira, mentira, mentira. Pero no importa porque Ricardo se ríe, y Tito se ríe también, pero de alivio, porque Ricardo se ríe, y al fin se termina la visita. Ahora Tito piensa que Ricardo se va nostálgico, y se da cuenta de que la mentira piadosa le va a pesar, que ya le está pesando, porque la nostalgia es un sentimiento de mierda, como ya una vez escribió en uno de sus ratos todos perfectamente libres, en una hoja a la que al final la hizo un bollo y se la comió.

El Gordo Funes tiene puesto un suéter nuevo, azul, regalo de la novia que siempre lo visita. A Tito todo el asunto le da un poquito de asco. No porque un tipo como el Gordo tenga novia, a eso ya lo entendió, ya se dio cuenta de que, con el Gordo, la novia del Gordo se siente a salvo precisamente de tipos como el Gordo. Capaz de matar, y de matar por ella, aunque no sirva de nada. Basta, no. No, le da asco, le revuelve el estómago y le obliga a tragar el mate cocido con fuerza y tragar le duele. Los días de visita el Gordo se levanta silbando, le brillan los ojos, hasta respira más despacio. Cada vez que Tito se sienta enfrente de Ricardo, escucha como el Gordo Funes se sienta frente a la chica que Tito no sabe cómo se llama y la saluda, siempre igual: "¿cómo está mi Ratoncito?", y ella se ríe. Tito siente cómo la garganta se le cierra, pero igual se obliga a terminar el mate cocido, mientras el Gordo Funes entierra la cara en el suéter nuevo, respirando hondo y entrecortado, absorbiéndolo todo como un sabueso. El Gordo está enamorado, pero el amor no es un sentimiento noble. Hasta al Santo se le nota que el Gordo le hizo perder el hambre, pero el Santo no le dice nada, nadie le dice nada porque con un tipo como el Gordo se sabe

que es al pedo, y qué le vas a decir, "nadie sabe qué carajo hacer con él, así que lo guardaron acá".

La hoja rayada es lo único solemne en la vida de Tito, pero eso no es lo que la hace importante. De todo lo que escribe, esto es lo único que tiene valor, lo único en lo que no se puede equivocar. Es lo que el tipo aquél que vino a dar el taller de Escritura Creativa no entendió, y a lo mejor por eso fue que no volvió más. Ricardo le trajo dos cosas importantes: una es la hoja rayada; la otra, la historia del gato. Tito hace un esfuerzo y se acuerda de ese gato, un gato amarillo atigrado. Que se enfermó y se murió "así de golpe". Veneno, lo supo al escucharlo, y esto le provoca una sonrisa amarga. Hace un año ni se hubiera dado cuenta; ¡cómo se aprende estando guardado! Basta: gato amarillo atigrado. Tito siente como se le acelera el corazón, siente el sudor que comienza a envolverle el cuerpo justo por debajo de la piel, mira cómo no lo miran, se frota los ojos humedecidos y empieza a escribir con letra muy prolija. Escribe que los geranios del jardín están en flor. Escribe que Sonia está sentada en el jardín, que el pelo le brilla como siempre le brilla el pelo, que tiene el mismo olor de los geranios, que piensa algo que la divierte, y se ríe, que está descalza y que tiene pintadas las uñas de los pies del mismo color que las flores de los geranios. Que es la tarde, que no hay viento. Que es verano. Que tiene puesto el vestido amarillo del que se compró dos porque Tito le dijo que le quedaba lindo. Que a Sonia le parece oír un maullido y que sí, que ahí está, que de entre los geranios sale caminando un gato color amarillo atigrado, y que Sonia le pregunta de dónde salió, y que el gato vuelve a maullar y que le ronronea y que la mira, y que Sonia abre la puerta y que le dice al gato "a ver qué te puedo dar de comer", y que el gato sigue ronroneando y que Sonia sonríe, y que por eso y sólo por eso es que es verano. Y nada más. Por ahora nada más.

Levanta la mirada mientras guarda la hoja; mira a ver si todavía puede ver cómo no lo miran, pero no puede porque el Rengo Amaro sí que lo está mirando. Tito le devuelve la mirada con un gesto vacío, y entonces sí, el Rengo se acerca, mirando al suelo, fumando rápido con caladas hondas y cortas. Tito no sabe si al Rengo le pasa algo o si está haciendo como si le pasara algo. Tito piensa en ese aire permanente de complicidad que tiene el Rengo, que hace que a Tito le suene falso todo lo que el Rengo dice, aunque sepa que está diciendo la verdad.

"Ya sé lo que me vas a preguntar", le dice el Rengo. Tito se siente aliviado de que al menos uno de los dos lo sepa. "Ya sé lo que me vas a preguntar", repite, en voz más baja, casi susurrando "y no tengo la más puta idea. Por ahí no nos enteramos nunca, qué se yo. Tratá nomás de no hacerte cagar a trompadas por los nenes del Santo, ¿eh? Por hoy. Fijáte si escuchás algo". El Rengo le da dos palmadas y se va. Boludeces del Rengo; el Santo siempre está en algo. El Santo no tiene ratos libres.

El Rengo siempre dice que "para un tipo como el Santo, caer en cana es un cambio de domicilio". Y el Santo trabaja desde cualquier domicilio. Tito a veces piensa sobre lo que piensa el Santo de sí mismo, pero jamás lo escribe. Una vez lo escuchó decir que es sólo "un hombre de negocios", y todos se rieron menos un guardia y el tipo que tenía la cara contra el piso, y Tito también se rió con todos. Hay que saber cuándo reírse, y Tito sabe. El Santo es, a su modo, un hombre de negocios. Trabaja hablando, diciendo, ordenando. "Sugiriendo". Trabaja haciendo chistes. Trabaja sonriendo esa sonrisita de mierda que pone cuando cree que es gracioso, y cómo no va a creer que es gracioso si todos se ríen, porque hay que ser pelotudo para no reírse, y los pelotudos duran poco. Una vez un guardia le dijo "narco de mierda", y entonces el Santo le dijo "amigo, se confunde, no soy más

que un hombre de negocios", y todos se rieron menos el tipo que tenía la cara contra el piso, y los otros dos guardias también se rieron. Y el guardia nuevo que vino después del que no volvió más también se ríe cuando hay que reírse, y no se mete con el Santo. ¿Con el Santo tampoco saben qué hacer? A lo mejor es el Santo el que no sabe qué hacer con los demás, piensa Tito, así que se deja guardar acá adentro, por si les entra una escasez mundial de Santos. Tito sabe que se llama Emilio Rodríguez, pero nadie le dice Emilio. Emilio no es quien es, Emilio es una denominación, como el número de documento o el número de preso. ¿Qué piensa el Santo de los tipos a los que les vende? ¿De los que venden para él? ¿Tienen nombre, o solamente tienen denominación? Del Santo no se habla, y así y todo Tito sabe más historias suyas que de ningún otro. Eso sí, el Santo nunca es el protagonista de sus historias, esas que se cuentan ni bien el Santo se va. Tito tiene, en secreto, otros nombres para el Santo, que jamás usa en voz alta. Después de algunas historias que le contó el Rengo Amaro, le puso el Alquimista, porque es el hombre capaz de "agarrar un tipo y convertirlo en otro", de sacarle el alma y transformarlo a partir del detalle más mínimo. Despacio. De repente. Consiguiendo más "oro" en el camino. ¿Y qué es el "oro" para el Santo? ¿Es guita? ¿Es poder? ¿Son historias para contar cuando el Santo se va? ¿Almas? El Santo, el Alquimista, el Coleccionista de Almas. Emilio.

A veces, y como puede permitírselo por ser sus ratos todos prácticamente libres, Tito se imagina que construye, desde los cimientos, este mismo lugar que habita y que lo habita. Decide escribir sobre eso, sobre la pala imaginaria con la que cava, el olor de la tierra, la mezcla en los dedos, los gritos de la obra, una gota de sudor que le cae por detrás de la oreja y un aguilucho que atraviesa el cielo, y casi que le parece que le empieza a doler la mano, de tanto cavar con una pala que no existe bajo un sol que no puede

ver, en un tiempo en el que nunca vivió. Lo suficiente como para que se le caiga la lapicera justo delante de uno de los "nenes"; parte del "cortejo" del Santo que se aproxima. Se agacha para levantarla mientras escucha cómo se quiebra la lapicera, "¡mierda, mierda, mierda!", piensa, pero no por la lapicera, sino por lo que le dijo el Rengo, que será un hijo de remil puta pero es amigo, y Tito le está por fallar metiéndose en vaya a saber qué. Siente en el hombro la primera patada del "nene", y reacciona antes de sentir el dolor. No sabe cuál "nene" le pega; ¿el Mono? ¿Serafín? Son parecidos, pero le pareció ver el brillo de un cuchillo artesanal, de esos que se fabrican los "nenes". Serafín siempre está jugando con uno, así que puede que sea él. Al Mono le gustan más los fósforos. Se encoge, se cubre la cara, la cabeza y las costillas, en ese movimiento espásmico que ya es, para Tito, un reflejo adquirido, pero el segundo golpe no llega, ni el tercero. Siguieron de largo. Tito se incorpora, despacio, incrédulo. Prueba la lapicera, que ya no escribe; por suerte tiene la nueva que le trajo Ricardo.

Por la noche quiere escribir de nuevo, no sobre el Santo, seguro que no, por supuesto que no. Quiere escribir sobre "El Coleccionista de Almas", pero espera a la mitad de la noche, a la oscuridad, al silencio. Escribe a ciegas, agitado ("estás cebado", le diría Ricardo si pudiera verlo), como peleando por cada palabra, por cada bocanada del aire cada vez más ácido que le quema el tórax desde adentro. Desde la oscuridad, alguien tose. Tito se dice que puede ser cualquiera, que puede ser un guardia, que cualquiera puede ser dueño de esa tos sin voz que tuvo eco en el silencio, pero no logra creerlo. Siente que es el Santo en la oscuridad, una oscuridad que no es de noche sino de Tito, el Santo leyendo por encima de su hombro con total claridad, dándole ese sonido mínimo como única advertencia de un castigo sin nombre. Una "alquimia"; convertir a Tito en otro,

agigantar la bestia que Tito mantiene prisionera, hasta que sea tan grande, más grande que Tito mismo, devorándolo todo para erguirse triunfal, atroz y vacía sobre la ausencia de recuerdos, la ausencia de Sonia, la ausencia de Ricardo, la ausencia de Tito, el ausente. No sabe en qué momento empezó a comerse la hoja, pero es consciente de estar masticando cada vez con más torpeza. Mordiéndose la lengua, lastimándose, saboreando cada vez más, cada vez menos, la mezcla de papel, de lágrimas. Del sabor metálico de la tinta, del sabor metálico de la sangre; temblando, y en silencio, se va quedando dormido.

Tito se está yendo y sabe que se tiene que ir, pero Sonia le alcanza la billetera que, como siempre, se olvida, y Tito le dice que no vaya, que se quede o que al menos no vaya sola, y Sonia le dice que tiene que ir. Tito se vuelve, ¿por qué siempre le pasa esto? ¿Por qué siempre le sale mal? "No vayas, que siempre que vas terminás muerta, por favor no vayas que siempre te mata, por favor no vayas por una vez te pido Sonia que no vayas", y Sonia le explica con voz pausada y ahogada, mientras Sebastián la ahorca, que es importante que Sebastián entienda que se terminó, que ahora ella es la mujer de Tito, y que Sebastián es parte del pasado y nada más que del pasado. Pero a la última parte no la llega a decir porque Sebastián la está ahorcando, y Tito quiere gritar pero apenas si le sale un sollozo, y las manos de Sonia gesticulan, acompañan las palabras que no llegó a decir pero que Tito sabe que dijo. Y esta vez es el silencio en medio del espanto el que acaricia las palabras que siempre Tito acaricia. Y ahora Sonia diría o dice que Sebastián le va a decir que por favor no lo deje, como si no lo hubiese dejado ya. Y Tito le diría o le dice "¿y no le parece mucho favor al loquito éste, pedírtelo todo?". Y Sonia se reiría o se ríe y le daría o le da un beso, y le diría o le dice que "no pasa nada", que va a estar de vuelta antes que Tito. Pero

no lo puede decir porque Sebastián la sigue ahorcando, y Sonia está muerta otra vez y ya otra vez de nuevo no está, y Sebastián no está, y Tito está solo. Quiere abrazar el espacio vacío donde Sonia ya no está, pero no puede, y entonces quiere ponerse de pie y tampoco puede, y ni grita, ni llora, ni respira. Y siente en el hombro la mano del Rengo Amaro que le dice "Tito, es que no saben qué hacer con vos".

En mañanas como ésta Tito pasa sus ratos libres escribiendo confesiones que son siempre la misma. Es una confesión que va cambiando de a poco, con el tiempo, y Tito piensa que es porque cada vez se acuerda mejor. Eso es importante, acordarse es importante. Escribir confesión tras confesión, Tito sabe, es lo que lo mantiene loco, y lo que lo está volviendo cuerdo. Escribe que es aquella tarde. Que besa la frente del cuerpo aún tibio de Sonia una sola vez y que se saca la campera y la cubre. Que le pone una almohada debajo de la cabeza y la deja así, con los ojos cerrados, sobre la cama. Que puede pensar, que sabe que podría pensar pero elige no hacerlo porque ya sabe que no le sirve, que no le va a servir, y que tiene un veintidós, pero que tampoco le sirve, que no le alcanza. Que va al patio y encuentra la maza, y la agarra, y el cuchillo grande del asado, y también lo agarra, y que lo hace porque no está pensando, porque si piensa no lo hace. Si piensa llora, y Tito va a seguir llorando mañana, pero hoy ya no. Confiesa que son seis cuadras hasta lo de Sebastián y que Tito es consciente del saludo de un vecino o a lo mejor de más de uno, que un perro lo sigue y que Tito le hace, automáticamente, una caricia. Que en ese instante se da cuenta de que lleva cuatro cuadras acariciando el cuchillo, y se da miedo, y lo tira. Y que el perro se aleja, y que Tito sigue caminando. Escribe que sabe que Sebastián no le va a abrir la puerta, ni a él ni a nadie. Que pasa derecho al patio y que entra por atrás, que a lo mejor alguien lo ve, que a lo mejor todos lo ven.

Que Sebastián se da vuelta y solamente ahí deja de llenar el bolso que está llenando. Que a Tito le da asco la indecencia de los ojos hinchados y rojos de Sebastián, la burla a la tristeza que son sus lágrimas. Que Sebastián se lleva la mano atrás buscando el revólver, pero que el golpe crujiente de la maza al costado del torso llega antes. Demasiado tarde, pero antes que la mano llegue al revólver. Que la caída de Sebastián y el sonido del quebrar de los huesos de la mano de Sebastián. Del torso. Del hombro. Que sus gritos. Que la sangre. Que la carne expuesta. Que son éxtasis ahí en donde minutos atrás, una vida atrás, Tito estaba seguro de que no volvería a sentir nada nunca. Nunca más. Y que entonces sonríe con una sonrisa nueva, que sólo puede ver reflejada en los ojos de Sebastián, que de repente lo miran y lo ven, a él, a Tito, como ni siquiera Tito se había visto nunca. Confiesa cómo Sebastián se vacía, y confiesa que al principio Tito no quiere creerlo. Escribe que se irrita ante el descaro de Sebastián de abandonar el cuerpo en el que Tito lo castiga. De dejar de sentir el dolor que Tito le devuelve. De dejar de ser testigo de la transformación de Tito, de esto en lo que Tito se está convirtiendo, se convirtió, siempre fue. El descaro de dejar de gritar. Confiesa que por ese descaro le destroza la cara, le destroza la cabeza aún mientras escucha las voces y los pasos y los ladridos que se acercan, y que ya no le importa nada nunca. Nunca, nunca más.

Tito le mostró una hoja rayada al tipo que daba el taller de Escritura Creativa, y la leyó y le dijo que le faltaba conflicto. Tito le quiso explicar que en las hojas rayadas no hay conflicto, que son paraísos chiquitos, para cuidar a los muertos. Para que Sonia esté a salvo de Sebastián; así Sonia vive en las hojas rayadas, y Sebastián no vive más. Eso no le gustó al tipo, no le dijo nada pero Tito igual se dio cuenta, por la cara. Entonces le mostró una hoja cuadriculada que no pensaba guardar, en la que un chico gordo tenía los bol-

sillos llenos de ratones porque le gustaban los sonidos que hacían, y fantaseaba con comérselos. Pero no se los comía, para poder seguir fantaseando. El tipo le dijo que se notaba que se le daban bien los cuentos infantiles, y entonces Tito pensó "este pelotudo no entiende un carajo", y de pura bronca le mostró una confesión. "Conflicto, ¿así?", le preguntó Tito. Y el tipo se fue poniendo más pálido a medida que leía, y cuando terminó de leer Tito le sonrió, aunque no supo por qué. A lo mejor porque podía. Entonces ese día el tipo se fue antes, y ya no volvió más. "¿Ves que no tiene idea?" le dijo el Rengo Amaro. "Vos agarrás un tipo y lo hacés puré, ¡puré, Tito! Pero el boludo este se caga todo ¿con qué? ¡Con los papelitos que le mostrás! ¿Ves que es un pelotudo?".

A Tito no le faltan muchos años para salir. El Rengo siempre se ríe y le dice que no saben qué hacer con Tito, que lo van a querer "reinsertar en la sociedad" y que a Tito le va a "costar un huevo", de tanto estar todo el día rodeado de tipos que tienen todavía menos que hacer que Tito, que por lo menos va por ahí "tomando nota". Tito piensa que está de mal ejemplo para la gente buena, la única a la que le importan los malos ejemplos, y que por eso mismo no los necesita. Piensa que nadie en el barrio dormiría tranquilo si Tito también durmiera allí, pero que lo que Tito hizo sólo alcanza para darles algunos años más de tranquilidad. Piensa que el Rengo es un enfermo hijo de remil puta, pero es amigo, y encima a veces tiene razón. Que esto es un juego, que todos, Tito, el Rengo, el Santo, los "nenes", el Gordo; todos están cumpliendo una prenda porque jugaron mal, como el Santo, o porque no les importó perder, como a Tito. Pero que el juego sigue y una vez terminada la prenda se sigue jugando a subir la apuesta, a jugar mejor, a que esta vez no te agarren, a ser el mejor jugador. Quizás tan bueno como el Santo, que en ningún momento deja de jugar. Tito piensa en escribir todo esto, y en vez de hacerlo elige la hoja rayada

escrita a medias, y escribe que "Sonia abre una ventana y dice" pero no llega a escribir qué es lo que dice Sonia, porque oye una explosión, y un golpe lo derriba.

Tito se despierta con el murmullo generado por un centenar de gritos. Del otro lado del pasillo encuentra la lapicera que le trajo Ricardo, con el tubo de tinta reventado, y la guarda entre su ropa pero lejos de las hojas, para no mancharlas. La hoja rayada no está. Hay mucho olor a humo; seguro que el Mono se está divirtiendo, al Mono le gusta quemar. Ningún grito suena más fuerte que los otros hasta que algunos sí, y Tito se pega a la pared justo a tiempo para ver cómo cae un bulto desde el piso de arriba. El bulto tiene un cuchillo grande hundido en el costado. Un cuchillo artesanal, un cuchillo "de nene". Tito arrastra el bulto hacia la pared, a salvo de las miradas y de todo lo que sea que esté pasando en el piso de arriba. El olor a humo y carne quemada del cadáver le resulta palpable, y sólo entonces nota las rodillas ennegrecidas. Tito cierra los ojos sólo por un momento, reprimiendo una arcada. Le cuesta sacar el cuchillo pero lo logra, y da vuelta el cuerpo para verle la cara. Patricio Amaro está muerto. Tito le cierra los ojos y lo cubre con lo único que tiene; diez hojas cuadriculadas en blanco, con algunas manchas de mate cocido. El eco de sonidos lo alberga todo: el ruido de cosas que se rompen, los cantos robustos de euforia, los gritos de dolor, y el silencio de Tito, que ahora guarda el cuchillo en la manga en donde un momento atrás llevaba hojas cuadriculadas.

"¿Dónde está la hoja rayada?". Tito avanza por el pasillo y no sabe si sabe adónde va. "¿Quién mierda habrá armado este quilombo?". Tito piensa que no son los "nenes", que no es el Santo; ellos aprovechan, pero nada más. Otro grito que se vuelve más claro lo lleva a pegarse una vez más a la pared; y entonces se da cuenta de que está acariciando el cuchillo. Casi está por dejar de hacerlo, hasta que ve el

colchón en llamas caer al suelo, hasta que ve florecer su interior en un nido de cuadraditos de papel que arden en mil colores, todos perdiéndose, abandonándolo. No todos, piensa Tito, mientras no llora, no grita, no siente. Con él tiene una confesión y algunas historias en hojas cuadriculadas, y en algún lugar está la última hoja rayada, el último paraíso. Tito ve venir al Gordo Funes, que sí está llorando. En una mano tiene su suéter nuevo, no se entiende todo lo que dice entre sollozos, pero parece que se le fue el olor y ahora sólo huele a humo, como todo lo demás. En la otra mano tiene una hoja rayada, doblada de forma torpe, sucia, más sucia que las manos del Gordo. Le ofrece la hoja sin decirle nada, y Tito la aferra y sigue caminando, mientras escucha cómo el Gordo se sienta contra la pared, y sigue gimiendo. A los pocos pasos se detiene, y no necesita mirar atrás para saber que es el Gordo Funes el que le grita, desde el suelo: "caminás como un ratoncito, vos". A lo mejor como un ratoncito, Tito sube la escalera.

Hay dos que se están peleando pero Tito los esquiva y sigue caminando hasta que lo para Serafín. "El Santo te está buscando", le dice, y sabe que con eso alcanza, que al Santo nadie le dice que no. Y Tito asiente, y lo sigue, y piensa que el corazón se le debe haber hecho grande porque le está latiendo en todo el cuerpo, y piensa que no necesita que el Santo le diga nada. Porque ya lo sabe, porque ya no está el Rengo para cuidarlo, y ahora Tito va camino a convertirse en un "nene" del Santo. Y al Santo no le interesa Tito, no Tito el amigo del Rengo Amaro, ni Tito el marido de Sonia, ni Tito el hermano de Ricardo, ni Tito el que saludaba al viejo Martínez para que le contestara con una puteada, ni Tito al que le gustan los perros, o Tito el que escribe historias sobre un mundo que ya no le pertenece. El Santo quiere a Tito el asesino, y a ningún otro, y a ninguno más. Tito siente cómo le cae una sola lágrima en éste que es su propio funeral. Se

la seca inmediatamente y acaricia, otra vez, el cuchillo. Un cuchillo de "nene", el último regalo del Rengo. Un regalo como un presagio de eso en lo que se está convirtiendo, de eso en lo que se convirtió, de eso que siempre fue. Y ahí está el Alquimista, listo para convertirlo en oro, para convertirlo en otro, y Serafín los deja solos, y el Santo le ofrece algo, Tito no tiene idea de qué es, pero le dice que sí, porque no necesita escucharlo. Le dice que sí, que a lo mejor le viene bien para los nervios, y el Santo se ríe, y Tito también se ríe. Y entonces se acerca para aceptar el obsequio, la ofrenda de paz, y clava el cuchillo debajo del ombligo del Santo. Y con fuerza desliza la hoja tan afilada hacia arriba, y lo abraza sin dejar de mirarlo, sin sacar el cuchillo. Y le susurra al oído: "Chau, Emilio". Y lo deja caer, y el Coleccionista de Almas se desploma. Y Tito mira a Emilio lleno de curiosidad, como si lo viera por primera vez. Y Emilio Rodríguez deja de existir.

Un dolor desde adentro del tórax le recuerda a Tito que se ha olvidado de Ricardo, pero piensa que así es mejor, que a Ricardo algún día se le va a pasar casi del todo. Pone la hoja rayada contra la pared, Sonia dice, Sonia dice, la lapicera apenas si le mancha los dedos ya manchados de sangre de Santo, Tito se mira la mano y se ríe "¡tinta con sangre de Santo!", y escribe con los dedos y la puerta se abre: Serafín está de vuelta, con el Mono, arrastrando entre los dos al Gordo Funes. Tito sonríe una sonrisa enorme, porque da lo mismo y porque puede, y siente cómo el golpe de Serafín le destroza la mandíbula y el dolor es insoportable. "Está muerto", dice el Mono, "¡la concha de tu vieja, pelotudo de mierda, qué hiciste!", dice también, pero Tito sólo escucha dolor y ya no le importa. "Dejáselo al Gordo", dice Serafín, y sonríe, y el Mono sonríe también, y el Gordo al principio no sabe si sonreír pero después sí, "dale Gordo, ¿no te parece que Tito es medio así, como un ratoncito?". Y

el Gordo asiente, susurra que "sí, sí, sí", se acerca primero, se abalanza después, aprieta con sus manos enormes y Tito se va yendo, va abriendo la mano con la hoja rayada y el Mono se la quita, y Tito ve con satisfacción cómo le prende fuego, cómo la reúne con las demás, y se siente desvanecer, y diluir, y partir del último de sus ratos libres junto con la última hoja rayada, donde Sonia abre la ventana y dice, con trazo grueso de tinta y de sangre: "¿Tito?".

Nadie va al circo a ver los payasos

Agustín Ducanto

Un pequeño mundo en medio del bosque, como un campamento gitano pero sin gitanos. Sobre la carpa principal y los alrededores sobrevuela como el aire fresco de la mañana, una angustia igual a la que sigue a la risa. Una angustia tal, que casi puede verse en los colores apagados por el tiempo, que casi puede respirarse en el olor a pasto mojado por el rocío.

Parece inundar el ambiente, además, un abandono leve. Las madreselvas lo han ido cubriendo todo. El triciclo multicolor oxidado parece uno con el paisaje: las raíces entrelazadas a los rayos, el asiento podrido por la humedad. Una suerte similar tuvo el auto diminuto que ahora tiene los vidrios rotos y cubiertos de pequeñas manchas de tierra seca: antiguas gotas de lluvia; además, un arbusto lleno de espinas creció a través del piso carcomido y se asoma por la luneta, anclándolo en el suelo.

Abajo, en el pueblo, un Peugeot 404 le dice a la gente a quién votar y por qué. Arriba, entre los cerros y el pinar, no llega ni el murmullo.

Polo se pasea entre las carpas, recién levantado, con el maquillaje fresco. Sus pasos lo llevan por entre las manos de goma gigantes desparramadas por el suelo, la cama elástica rota con un pequeño charco de agua en el medio y los aros de fuego, helados. De repente el cuerpo se le estremece y frunce el ceño, lo recorre un escalofrío como si algo acabara de suceder. Pero no. Solo es su organismo que se anticipa al llanto de la pequeña Lina, que acaba de despertarse y tiene hambre.

Si no fuese quien es, Polo seguramente sería un contador público amargado, un abogado de divorcios o el director de un Registro Civil en un barrio periférico. Un hombre incómodo con su vida, incómodo con su traje a cuadros y con sus simples zapatos marrones y apretados. Una corbata más, atada a un cuello que camina por la ciudad. Sin embargo no es así,

y aunque la verdad es que Polo no sonríe con gesto sincero desde hace años, cuando se levanta sabe que no podría estar en otro lugar.

Uno de los lados de la carpa mayor se abre y se asoma Lala, con Lina en brazos que aprisiona la mamadera entre sus pequeñas manos. Lala es un ser extraño, con ideas y reflexiones extrañas. Por ejemplo, cada mañana cuando abre los ojos se pregunta si no podría estar en otro lugar. A veces piensa que sí, aunque no lo sabe del todo.

Lo que sí sabe Lala, es que no podría dejar a Polo. No concibe la vida sin él. Y eso, de alguna manera es amor. Fue víctima de su encanto después de una tarde en el parque, todavía en la ciudad, antes de todo esto, antes de las montañas y del campamento. Ese día él le regaló una margarita desde la que saltó un chorro de agua, y entonces los dos rieron. Hoy ella apenas si sonríe de verdad cuando ve a Lina chuparse los dedos del pie. En cambio él, las únicas sonrisas que tiene son aquéllas que le salen porque le tienen que salir, porque son parte de su naturaleza; después, está esa otra, grande y roja, esa que no es más que una idea maquillada.

Es la hora del almuerzo en todo el valle, y el redoblante de Tofo anuncia que deben acercarse a la mesa. Purina, que ya es grande y tiene una carpa para ella sola, es la primera en sentarse, con la cara perfectamente delineada. Después aparecen los gemelos, uno riendo y el otro llorando con el maquillaje corrido porque Tofo, que todavía duerme con ellos, le pegó antes de levantarse. Por último, aparece Polo cargando una fuente caliente y Lala cargando a Lina.

No son lo que se diría una familia tipo, aunque con algunas variaciones podrían serlo. Padre, madre, hija mayor, hijo del medio, gemelos más chicos, y una bebé. Quizás si tuviesen un perro ayudaría, pero no lo tienen y eso también suma a su particularidad. Particularidad que no tiene nada que ver con una cuestión geográfica, hay decenas de familias

que viven perdidas en medio de las sierras. Lo que los destaca del montón es una larga tradición familiar que se transmite de generación en generación, casi a través de la sangre: todos son payasos. Y como payasos que son hacen payasadas, que no son cosas idiotas que hace alguien cualquiera, sino cosas idiotas que pretenden ser graciosas hechas por alguien con maquillaje en la cara, ropa grande de colores llamativos y zapatos sumamente cómodos. Cosas como correr a lo tarado uno detrás del otro con risas falsas, o pegarse con guantes gigantes y después aplaudir solos, en medio de los pinos, esperando la aprobación de un público que no existe.

Terminan de almorzar y llega el momento del postre, Lala hizo unas tartas dulces con crema y parecen exquisitas, aunque a ninguno le interese comerlas. Polo, el cabeza de la familia, tiene el derecho de ser el primero y entonces vuela de su mano la primera tarta hacia la cara de Tofo. Así explota la hora del postre. Las tartas vuelan de un lado a otro por encima de la mesa, destrozándose sobre caras, brazos, hombros, dependiendo de la habilidad para la evasión que tenga el agredido. Aunque a decir verdad, ninguno tiene muchas intenciones de esquivar del todo los ataques. Si ninguno terminase cubierto de crema no sería gracioso, y eso es algo que un payaso no puede permitirse.

Mientras Lala y Purina juntan la mesa, los mellizos se van a jugar, y Tofo, respetando su inquebrantable rebeldía de payaso adolescente, en vez de ayudar se va a dar una vuelta por el bosque. Polo se aleja un poco, con Lina en brazos, para mirar el valle. Aunque no dijo nada durante la comida, escuchó cada tanto el ruido del auto que ahora ve a lo lejos subir por los caminos que bordean la montaña. Mientras comía sintió el sonido del motor pasar cerca, alejarse y volver a acercarse, como buscando algo. Buscando qué, es algo que Polo no sabe. Pero tiene sus presentimientos, sus miedos de padre payaso.

Los que manejan el auto todavía no lo vieron, él conoce bien el pinar y sabe dónde pararse para evitar miradas desde abajo. Con el tiempo el bosque se convirtió en su amigo. Sin embargo, es consciente de que tarde o temprano ese Peugeot 404 que hasta hace un rato gritaba el nombre de un candidato, allá en el pueblo, va a llegar hasta donde está su familia. Por eso decide volver con ellos en el momento en que el auto se pierde tras el filo de las sierras.

Vuelve y ya todo está ordenando. Purina corre detrás de los mellizos que escapan y cada tanto se cachetean entre ellos, se trenzan en una pelea falsa y ruedan por el piso hasta que su hermana mayor los separa de manera sobreactuada. Cuando Polo llega, Lala le quita a Lina de los brazos y se la lleva adentro de la carpa grande para seguir enseñándole sus primeras muecas.

Polo contempla todo como si se tratase de un cuadro, de algo estático, pero no se da cuenta de que el bosque, el valle, las carpas, tienen la misma cantidad de inmovilidad que un edificio en el segundo anterior a que lo demuelan. Como cuando alguien ve una foto familiar vieja y recuerda que, a los minutos de tomarla, la abuela se cayó cuando intentaba levantarse de su silla. Por estar sumergido en esa especie de tranquilidad congelada, es que Polo se sobresalta cuando aparece Tofo corriendo por entre las carpas.

En el pueblo saben que hay una familia de payasos viviendo en el monte, pero no saben exactamente dónde. Polo siempre ha hecho que su familia viva moviéndose, aunque esta vez el campamento hace bastante tiempo que está donde está, y eso quizás haya sido un error.

El chico llega agitado, se asustó al ver un auto cerca del campamento y no supo cómo reaccionar. Cada cierto tiempo ven a otras personas, casi siempre un baqueano que pasa cerca de donde viven o la pareja de serranos con la que consiguen víveres, a los que, en cualquier caso, ya están

acostumbrados y como no molestan nadie, nadie los molesta a ellos. Por eso los del auto son algo fuera de lo común.

El Peugeot 404 se frenó al ver a Tofo entre los pinos, por unos segundos ninguno hizo nada y todo fue quietud y silencio. Después tocaron la bocina, como si lo llamaran. Al ver que no respondía, uno de los que venía adentro se bajó para hablar con él. Ahí fue cuando Tofo salió corriendo.

Justo cuando el chico está explicando lo que acaba de suceder, aparece el auto y estaciona, después los hombres bajan y pisan con confianza el pasto del campamento payaso. Están vestidos con camisa y vaqueros. El que maneja, un gordo al que la panza le rebalsa por sobre el intento de retenerla que hace el cinto, lleva unas zapatillas que a pesar del tamaño parecen muy cómodas; el otro, el acompañante, es un hombre grande, medio pelado y de bigote, que usa unos zapatos en donde seguro hay un par de pies hinchados. Por su ropa nadie podría decir a qué se dedican, pero algo es muy seguro: no son payasos.

Lala se asoma desde la carpa después de escuchar el motor del auto, Polo se adelanta unos pasos y deja a su familia tras de sí, Purina cuida a sus hermanos y Tofo finge secundar a su padre, mientras los hombres del auto se acercan sonrientes, saludan a todos y empiezan a hablar.

Le hablan a Polo, aunque por momentos parecen dirigirse a todos en el campamento, incluso a otros que ni siquiera están ahí. Dicen algo de unas elecciones, del derecho de votar y elegir a sus representantes, de una responsabilidad civil, algo de unos ciertos beneficios de los que podrían gozar si... Ninguno de los chicos sabe a qué se refieren esos señores, pero Lala y Polo sí, todavía conservan algún recuerdo de los años en la ciudad, de los tan preciados derechos, pero sobre todo de las responsabilidades. Los hombres hablan y dicen cosas como *viernes* y como *domingo*, y aunque Polo y Lala lo hayan olvidado y sus hijos ni siquiera lo sepan, una

de esas palabras hace referencia al día en el que están y el otro, al parecer, al día de las elecciones, porque también dicen *elecciones*.

Antes de irse, los hombres del Peugeot les dejan unos papeles celestes escritos en letra negra, panfletos en donde aparece la cara del más viejo, entre sonriente y serio, como si intentara demostrar seguridad y despertar confianza. Están por volver al auto, pero antes intentan saludar a la familia de payasos, que retrocede, y entonces se conforman con estrechar la mano de Polo, que lo hace como parte de un acto reflejo que olvidó que tenía. Después los del auto arrancan y la pequeña Lina, que estaba dormida en la carpa mayor, empieza a llorar.

El auto da la vuelta y se va, dejando una nube de humo negro flotando en el aire. Los de adentro saludan por última vez con un bocinazo estridente que hace volar algunos pájaros de las puntas de los pinos. Reina el silencio en el campamento, mientras de fondo se escucha el ruido del motor que se aleja, sintiéndose como la picazón en un miembro amputado.

Los chicos preguntan qué fue aquello, quiénes eran esos hombres, qué querían, por qué vinieron hasta sus carpas, pero ni Polo ni Lala responden. Después intentan que todos vuelvan a lo que estaban haciendo, que todo siga lo más normal posible, aunque los únicos que realmente pueden hacerlo son los mellizos, que enseguida salen a correr y esconderse entre los pinos. Purina y Tofo vieron algo que no terminan de entender, algo que se sale de la normalidad, y ese auto con esos dos señores se va a quedar en su cabeza durante todo el día. Lala y Polo se miran y, aunque no se hablan, saben que más o menos están pensando lo mismo.

A la noche, con la cara lavada y los ojos bien abiertos, Polo mira acostado el techo de la carpa, concentrado en un punto fijo para poder pensar con claridad. No sabe qué

hacer y aunque le vendría bien algún tipo de opinión, Lala duerme profundamente a su lado. No es que no esté preocupada, pero el cansancio de un payaso ama de casa entre las sierras es mucho y a la noche cae rendida.

Al otro día, la primera en levantarse es justamente ella. Acomoda algunas cosas adentro de una valija que no puede cerrar ni siquiera bajo la presión de su cuerpo entero. Con mirada cómplice mueve su cabeza de un lado a otro y se muestra fastidiada, logra ponerle la traba pero la valija queda latiendo unos momentos hasta que finalmente se suelta, la ropa vuela y cae por toda la carpa. Incluso hay un pantalón con tiradores que cae encima de Polo mientras mira a Lala sentado en la cama, despierto por el ruido que hace su mujer. Ella reacciona con gestos de alarma exagerados, corre patéticamente alrededor de la cama agarrándose la cabeza y después empieza a juntar las cosas tiradas. Polo le pregunta qué hace.

Lala contesta que se está yendo, que se tienen que ir, que se apure, que hay que desarmar el campamento entero. Al rato están todos despiertos, desayunando, y eso no es algo normal. Lo primero que hacen es guardar cada uno sus cosas, no demoran demasiado. En lo que sí demoran es en liberar el auto diminuto: hay que cortar las plantas que le crecieron debajo porque, a pesar de los años, Polo está seguro de que va a poder hacerlo arrancar.

Después de cargar el auto, lo siguiente es desarmar las carpas y en eso se les va casi todo el día, más que nada con la carpa principal. Es tal el peso, que los postes se enterraron gracias a las lluvias y, además, algunos arbustos crecieron alrededor de ellos, como si el bosque hubiera asimilado el campamento y ahora no quisiera dejarlo ir. Ya está bastante entrada la madrugada y todavía queda la columna central clavada con vehemencia en la tierra, como el talón de un gigante.

Lala duerme con Lina en el auto, Purina descansa cerca de Polo y Tofo que son los únicos que todavía trabajan y cada tanto les alcanza cosas que necesitan, los mellizos duermen apoyados en dos árboles cerca del auto, tapados con frazadas. Algunos pájaros se despiertan y empiezan a cantar, lo que significa que, aunque todavía no lo vean, el sol está atrás de la montaña. Hace unos minutos, Polo creyó escuchar un auto.

De a poco, la claridad ilumina la sierra y muestra al pozo en su profundidad real. Polo está muy cansado y Tofo se quedó dormido de pie, apoyando un hombro contra un árbol, Purina ahora duerme con su madre y su hermana en el pequeño auto payaso. El padre los mira y piensa en muchas cosas, sin saber específicamente en qué, vuelve al poste y al pozo, se hunde, hasta que pasa una liebre corriendo frente a él, excitada, y se pierde tras unos arbustos. Se alarma porque de repente él también conoce la razón de la huida: se escucha con claridad el ruido de un motor acercándose. No sabe qué hacer y va rápido a despertar a su mujer, pero despierta a la familia completa. Polo le dice a Lala que encienda el auto y se prepare, después corre a buscar a los gemelos y junto con Tofo, que se despertó solo, intentan meterlos en el vehículo.

No es sencillo entrar en el auto diminuto, tienen que salir todos para poder acomodarse bien. Lala dirige desde adentro, los gemelos tardan por la falta de práctica, unos bocinazos se escuchan bastante cerca, los payasos se apuran, se traban, se molestan, le toca a Purina que recuerda algún paseo de cuando era chica y eso hace que tarde menos. Cuando el Peugeot aparece por entre los árboles, Polo le dice a su mujer que se vaya. Solo quedan él y Tofo afuera, pero ya no hay tiempo, agarra a su hijo e intenta hacer que entre al auto. Mientras los otros se bajan del suyo, le dice a su mujer que arranque, Lala es presa de un tipo de tristeza que solo

un payaso puede sentir, sin embargo piensa en sus hijos y se decide rápido. Tofo sale del auto diciendo que él se queda con su papá, discuten, hasta que los del pueblo saludan con tranquilidad ya desde mucho más cerca, y entonces Polo obliga a la mamá payaso a que pise el acelerador y escape. El auto sale, levanta tierra y se aleja saltando graciosamente por los desniveles del campo a traviesa.

Los que acaban de llegar se sorprenden, no entienden, después Polo agarra a Tofo del brazo y salen corriendo, nunca nadie reacciona así, generalmente es simplemente pasarlos a buscar y llevarlos al pueblo, ni siquiera hace falta sacar las armas. Dejan escapar al auto confiando en el deterioro del tiempo que lo ha carcomido, pero el padre payaso puede perderse en la montaña, sin sumar uno más en las urnas. Entonces los persiguen, uno con una pistola 9 mm y el otro con una escopeta, los payasos corren más adelante zigzagueando entre los árboles, como si esa fuera la forma más normal de reaccionar ante unos primeros disparos que ni siquiera se dirigen hacia ellos. Están desesperados, el primero más por su hijo que por él mismo y también por el pavor que le genera la sola idea de que su mundo se desmorone. Corren, se agitan y traspiran pequeñas gotas de sudor que les corren el maquillaje, se esconden en una parte muy entrada de los pinares, los otros ya no los ven moverse de un lado para el otro, no saben dónde están pero los sienten ahí, escondidos, y por eso caminan despacio, tranquilos, con los ojos bien abiertos. Los payasos se asoman cada tanto, Tofo por allá, Polo por acá, cada vez desde atrás de un árbol distinto y a diferentes alturas, por izquierda y por derecha de los troncos, sin ninguna lógica, patéticos, inverosímiles. Los otros empiezan a disparar de nuevo, más nerviosos que antes. Polo y Tofo están quietos, se miran entre ellos y se ríen, como si en la risa estuvieran juntos a pesar de los metros que los separan. Están de espaldas apoyando la cabeza

en la madera de los pinos y de repente hay una pequeña explosión en el árbol de Tofo, astillas y pedazos de corteza que vuelan a la altura de su cabeza, Polo escucha el ruido y ve cómo Tofo se arquea hacia adelante y entrecierra los ojos por el estruendo. Junto con las cortezas, también saltaron pequeñas gotas de sangre. Cuando Tofo se vuelve para mirarlo, Polo ve que en el costado derecho de la cabeza de su hijo todo es una gran mancha roja que brota desde el lugar en donde debería estar la oreja, pero ahí no hay oreja sino unos pedazos de carne sin forma. El hijo payaso estalla en una gran carcajada llena de dolor y miedo, una risa desquiciada en vez de llanto, quizás desearía tener maquillada una pequeña lágrima bajo sus ojos. Polo corre enajenado hasta donde está Tofo aturdido y mareado, mira a su hijo y enseguida saca de uno de los bolsillos de su gigante pantalón a lunares, un globo largo, de esos que sirven para hacer perros o jirafas, y se lo ata alrededor de la cabeza en un intento inútil por detener la hemorragia.

Hay silencio en el bosque. Ya ni siquiera se escucha el ruido del auto diminuto, que hasta hace unos momentos seguía alejándose en la distancia, solamente se sienten las respiraciones agitadas, temerosas unas y excitadas las otras, y el sonido de las ramas secas, en el suelo, al quebrarse bajo los pies de los hombres con armas que siguen caminando.

Si el pequeño auto no se escucha en medio de la persecución, no es por una cuestión de distancia; el carcomido vehículo que llevaba al resto de la familia de payasos se detuvo. Una mezcla de factores volvió imposible el escape: los años sin uso, el deterioro de la intemperie serrana, el peso al que no está acostumbrado. Lala y sus hijos caminan arrastrando las pocas pertenencias que pueden, aunque en realidad es la madre la única que carga con algo, Purina está ocupada llevando a su hermana bebé y apenas si puede llevar un pañuelo atado en un tronco largo con sus co-

sas personales, y los gemelos tienen las manos inutilizadas, cada uno con un par de guantes de boxeo gigantes, simulando pelear por un título importante en el ring de un camino de montaña seco y áspero.

Mientras, Polo y Tofo solo se preocupan por sobrevivir. Desde donde están tienen dos opciones para la huida: un claro en donde el bosque detiene su espesura o internarse más todavía, pero pasando cerca de sus perseguidores. Toman una decisión intermedia y salen en diagonal, intentando bordear el claro, e inmediatamente vuelven los disparos. Nerviosos y confundidos, cambian de dirección y encaran derecho para el claro, los otros ya no los atacan, corren también, los persiguen, los cazan, y los payasos siguen escapando, dan pequeños saltos, hacen círculos, volteretas, tumbas carneras, mientras el sol hace brillar la transpiración blanca de la frente de Polo y la sangre que cae por el cuello de Tofo. En medio de su rutina escapatoria, padre e hijo cruzan sus miradas y parecen notar un abismo tras los ojos del otro. Polo se frena, se da vuelta, mira a sus perseguidores, se saca la nariz de payaso y les hace burla, aunque no entiende por qué. Después escucha otro estruendo como el de antes y entonces se vuelve hacia Tofo y lo ve caer al piso con la peluca verde, que de a poco se tiñe de rojo.

De repente, Polo tiene un acceso de desesperación terrible, está ahí, al lado de su hijo, y es un payaso en el medio de las sierras que quiere llorar y no puede, es una cara tensa en un gesto ahora ridículo donde las lágrimas asoman al borde de sus ojos pero no saben cómo caer, los payasos no lloran. Entonces cae arrodillado junto al cuerpo de su hijo, agarra la flor que tiene prendida en el lado izquierdo del pecho y la hace tirar agua, como intentando reparar la ausencia de llanto, el chorro parece una gran lágrima larga que cae por entre los restos del maquillaje blanco y de la gran sonrisa roja y tiesa. Polo está devastado, oprimido por

el eco del disparo que mató a su hijo, y sabe algo que nunca hubiera querido saber: cuál es el peso de un payaso muerto sobre su falda.

Ya no está en medio de las sierras, no está en ese claro del bosque, su cabeza ya no está en ningún lado. Estuvo ausente del mundo alrededor, hasta el momento en que el caño tibio, por el que hasta hace unos segundos salían balas de 9 mm, se apoya en su cabeza, cerca de la nuca.

Después, todo es un simple devenir, los otros lo golpean y lo arrean hasta el Peugeot, arrancan y enfilan para el camino que lleva de vuelta al pueblo, un par de kilómetros más abajo de donde estaba el campamento aparece el auto diminuto parado, con las puertas abiertas y vacío, se ven unas huellas que se pierden a la vuelta de una curva, y entonces siguen pero más despacio. Algunos metros más allá aparecen Lala y sus hijos arrastrando ridículamente unas valijas enormes, el auto frena y se baja el de la escopeta que los apunta a todos pero solamente obliga a subir a la madre payaso. Hay un forcejeo y una lucha en la que Purina termina recibiendo un culatazo en la cabeza. Polo no hace nada, ni siquiera mira para afuera, la antigua desesperación fue enterrada bajo el abandono de su cuerpo. De todos modos, aunque quisiera, no podría hacer nada porque está inmovilizado por las esposas del hombre de la 9 mm que es policía.

Recién cuando se sube al auto Lala nota que adentro está solo su marido, pregunta qué pasó con Tofo y nadie dice nada, ni el payaso ni los hombres armados. Se desespera, se mueve como poseída y patea las puertas, los asientos, incluso a Polo, hasta que el cañón de la escopeta la detiene. Ella de alguna manera sí recuerda cómo llorar y llora. Apenas un par de gotas que van arrastrando la aspereza del maquillaje seco y lleno de tierra. El auto vuelve a arrancar a pesar de las protestas de los pequeños payasos y del llanto de Lina en los brazos de uno de los gemelos. Después, el

hombre que va de acompañante, el hombre grande de bigotes, se da vuelta, mira a los payasos con la más amable de sus sonrisas, como si terminara de besar a un bebé por televisión, y les entrega dos boletas con su apellido en grandes letras negras sobre el fondo de un papel celeste.

Animal

Leonardo Juan Páez

Él estaba del otro lado de la mesa. Me miraba mientras hacía pasar por su garganta un seco trago de whisky.

—¿Cómo fue que la mataste? —me preguntó.

Era otoño. Me acuerdo que ella llevaba un libro de Sabato en el bolso de mano. Lo supe porque se le veía en parte, y lo comprobé después cuando se lo saqué para aclararle que María moría efectivamente. Ella entre risas me había dicho "lo dice al principio del relato", y me sentí el ser más tonto del mundo.

El encuentro no había sido librado al azar. Hacía semanas ya que la seguía e intentaba memorizar y entender sus horarios: por la mañana trabajaba en un *call center,* salía a las dos de la tarde, se tomaba un colectivo en la Plaza San Martín y viajaba hasta zona norte. Ahí siempre se bajaba dos paradas antes de su casa. Le gustaba caminar un poco para despabilarse y sacarse los olores del colectivo y su gente —supuse—. Cuando llegaba tocaba el timbre y colocaba la llave incorrecta del manojo en el portón de rejas. Siempre se equivocaba. La sacaba y ponía la más chica. Entraba, cerraba el portón sin mirar hacia afuera y atravesaba la puerta de madera. A media tarde salía de nuevo, pero no con la misma ropa. Tomaba el colectivo en la esquina de su casa y viajaba hasta Ciudad de las Artes. Salía cerca de las once de la noche acompañada por un muchacho hasta la parada, en donde lo despedía con un abrazo. Finalmente, se tomaba sola el colectivo hacia zona norte, pero esta vez se bajaba enfrente de su casa.

Ese día la encontré cerca de su hogar. Me llamó la atención que fuera tan descuidada —uno nunca habla con extraños así de la nada, y más viendo mi condición, pero para ella se ve que no era un problema—. Pedirle si me prestaba su tarjeta de colectivo fue una buena excusa para comenzar la relación.

Nos sentamos juntas en la mitad del bondi.

El clima estaba templado dentro del A3. Delante de nosotras, una mujer entrada en años aprovechaba cada sonido del timbre de descenso para darse vuelta y pegarme una relojeada. Lo mismo hacía un pibe de secundario sentado unos asientos más atrás. Siempre lo hacen. Es raro ver una de las mías de día, generalmente nos sentimos más seguras de noche. Debo decir que al principio me molestaba, pero con el paso del tiempo —y de las cirugías— una se va acostumbrando a la mirada inquisidora. Perdón, no sólo se acostumbra sino que hasta le empieza a gustar.

—¿Vas a Ciudad de las Artes? —me dijo con una sonrisa.

—Sí…

—¿Estudiás algo ahí?

—Estoy haciendo un curso de baile —me apresuré a mentir, rogando que ella no hiciera lo mismo. No había tenido tanto tiempo para averiguar todas las materias que cursaba en ese lugar.

—Qué bueno. Es mi asignatura pendiente. Pero yo no soy buena para eso… a mí dame una hoja, un lápiz y te hago maravillas, pero no me pidas que te siga un ritmo porque ahí vamos muertos.

—Igual, nunca es tarde para aprender…

"Nunca es tarde para aprender", me sentí el ser más despreciable del mundo al decir eso. Quizás a usted no le parezca una gran frase, pero para mí, que en ese momento sabía el motivo de la charla, fue como un puñal en el pecho que me clavaba a mí misma. En la vida pueden culparme de muchas cosas, pero nunca van a decir que tengo malos sentimientos. Solamente, quizás, los medios o las formas de expresarlos no sean del todo correctos. Pero ¿qué es lo correcto y qué no lo es?, ¿quién lo define y quién lo rompe? Disculpe que me desvíe pero siempre me gustaron estas

cuestiones filosóficas. De chico me encerraba en la pieza de mi abuelo a leer sus libros. No creo que los haya entendido mucho, pero sí los disfrutaba. Seguramente de haber llevado una vida normal, luego de terminar el secundario hubiera estudiado filosofía en la Nacional. Pero bueno, me tocó esta normalidad.

¿En qué estábamos? En lo de la piba arriba del bondi, cierto…

Cuando me avisó que en la próxima parada se bajaba del colectivo, eran aproximadamente las seis y media de la tarde. Había empezado a caer el sol. El día y el Parque Sarmiento se teñían de un oro a medio ser ocre. Necesito que preste atención a todas estas descripciones, que se imagine lo que le voy contando. No para que me comprenda. No, no se equivoque. Busco que usted lo sienta en carne viva, que se sienta el actor, como si hubieran sido sus propias manos la que agarraban en la oscuridad ese cuello no tan virgen.

Nos bajamos cerca de Ciudad de las Artes, y comenzamos a caminar.

Me contó que había nacido en Córdoba y que vivía junto a su madre en un barrio de zona norte. Que tenía muchas ganas de independizarse ya, pero que antes debía encontrar un trabajo. "Del arte no puedo vivir", me dijo riéndose.

Me llamó mucho la atención que en ningún momento preguntara por mi vida. Sé que no lo hacía por falta de interés sino por respeto. La gente nos considera bichos raros y a muchos les da cosa preguntar. Yo les respondo siempre lo mismo: "nací con la suerte de tener en mi cuerpo el objeto de mi placer, pero con la desgracia de no encontrar en mi cuerpo el instrumento para darle a ese objeto placer". Seguimos caminando.

Parecía como que el universo en su conjunto no quisiese que yo lo hiciera. En cada momento que consideraba adecuado para acechar aparecía alguien. O eran niños, o

familias completas o alguna que otra pareja teniendo sexo con ropa.

Cuando finalmente me sentí segura, a mitad de camino en el parque, simulé sentirme mal. Me faltaba el aire y comencé a transpirar. Le pedí que por favor me acompañara a sentarme en el piso, que necesitaba relajarme un poco. La muchacha no dudó. Caminamos unos metros hacia el interior del parque, nos adentramos en la espesura. Amagué con sentarme pero me di cuenta que aún estábamos muy a la vista de todos. Caminamos un poco más. Ya los rasgos de su cara se desdibujaban con la oscuridad de la casi noche. Cuando me sentí resguardada acepté quedarme quieta en un lugar.

—¿Un poco de sal? Tengo algo en el equipo de mate —dijo sacando unos sobres de restaurante.

—Sí, por favor.

—Soy malísima como enfermera. Pero si me decís qué tengo que hacer yo lo voy a ir haciendo.

—Gracias, así está bien.

Mis ojos se adaptaron a la oscuridad como un gato y ahí pude volver a ver su rostro blanco en medio de lo oscuro, indefensa pero sin miedo. Hubo algo en esa mirada que me congeló. Me sentí un animal frente a una criatura. Tratando de no pensar en lo que iba a venir me puse en la boca un poco de sal.

—Debe haber sido el calor del colectivo, a mi me suele pasar seguido —me dijo mientras me miraba fijo—. Seguramente con eso se va a pasar.

—Sí…

Podía sentir cómo lentamente se me iban desfigurando las manos por dentro hasta convertirse en garras, la saliva en mi boca se ponía espesa y blanca, mi respiración se entrecortaba y profundizaba como una fiera. Era el momento. Me desvanecí en el suelo y ella acudió a socorrerme, en el

momento en que me abrazó mis brazos se trabaron en su espalda y comencé a hacer presión. La joven no tardó en darse cuenta de la emboscada e intentó forcejear. No había vuelta atrás, el conejo estaba rodeado por la boa.

Me levanté. La empujé al piso. Comenzó a arrastrarse. La tomé del tobillo. La arrastré hasta mí. Le rompí la campera. Sus dedos agarraron mis manos. Me solté. Le pegué a puño cerrado en la cara. Me senté encima de ella apretándole con mis dedos el cuello. Intentó gritar. Le tapé la boca. Podía sentir cómo los aullidos vibraban en mi cuerpo.

Pero la adrenalina que te impone la muerte se detuvo cuando sus ojos se clavaron en los míos, inmóviles.

Pude seguir el recorrido de una lágrima desde el pómulo, pasando por el cuello y perdiéndose en el húmedo pasto.

Los aullidos del animal que yo llevaba dentro se transformaron en el llanto de un cachorro. Sin quitarle la mirada fui soltando lentamente su cuello. Su pecho se movía al ritmo de la respiración entrecortada. Quité mi mano de su boca.

—Reverendo hijo de puta.

Me había tratado en masculino. En otra circunstancia le habría vuelto a pegar, pero no tenía fuerzas. Me senté a la par de ella.

—¿Qué carajo hiciste puto?

—Perdoname. No quise…

La muchacha se levantó, sacudió el pasto de sus ropas y, parada al lado mío, rompió en llanto. Yo sabía que ella aún estaba ahí porque buscaba una respuesta, una explicación.

—Andate pendeja, andate antes de que me arrepienta —le dije. Ella me miró con asco, juntó saliva y me la escupió en la cara, inmediatamente después dando desparejos zancazos se perdió entre la espesura. Creo que, incluso en el último momento, ella nunca fue consciente que esa noche yo iba a cometer un asesinato. Perdón, que esa misma noche yo cometí otro asesinato más de los de la lista.

Perdóneme, seguramente no entiende nada de lo que estoy diciendo. Nunca a nadie le conté la historia, sólo hay dos personas que la sabemos: yo y él. Mi nombre en realidad no importa, tampoco el de ella y mucho menos el de él. Lo importante es que yo y él nos conocimos a mis dieciocho años.

Siempre sentí que el cuerpo que tenía no era el que debía tener. Había algo que contrastaba, había dos mundos que se dividían por una fina capa de piel. Al principio había paz, pero con el correr de los años la guerra se empezó a declarar, podía sentir cómo esos dos mundos luchaban, dolían, sangraban. Pensé que si eliminábamos la frontera que los distanciaba, quizás…

Él es cirujano plástico, mucho mayor que yo. Nos conocimos en un boliche, y esa misma noche me llevó en auto hasta su consultorio. Tomamos unos tragos y me mostró uno a uno los instrumentos que usaba en las operaciones. Pude sentir cómo me corría por la espalda un frío placentero cuando veía el filo del metal.

Tuvimos sexo. Sin besos. Él era casado y le reservaba los besos únicamente a su esposa. Igualmente, después de esa noche nos seguimos viendo de forma periódica en el mismo lugar.

Desde un comienzo se dio cuenta de mi doble naturaleza. Los seres humanos nacemos amarrados en una naturaleza, la primerísima, repleta de carencias. A lo largo de nuestra vida vamos desarrollando estrategias para crear otra naturaleza, una segunda y superior, que apunte a dar por muertas todas las falencias de la primera. Mi transformación corporal respondía a la segunda, mi yo hombre —débil, sucio y absurdo— a la primera.

El cirujano fue quien se ofreció a hacerme llegar a ese segundo nivel, proporcionándome todas las cirugías que fueran necesarias. Mentón, pómulos, nariz, blefaroplastia, la-

bios, la reducción de la nuez, prótesis de silicona en nalgas y pechos… Con cada intervención me sentía un poco más lejos de lo que parecía ser, y un poco más cerca de lo que realmente era.

Cuando me lo propuso le dije que no podía pagarle nada, pero me tranquilizó saber que —en principio— el costo no iba a ser ninguno. Por unos meses viví encerrada en una habitación sin espejos dentro del consultorio. Sintiendo cómo la capa de piel se iba disolviendo y los dos mundos se iban uniendo poco a poco. Una noche él llegó agitado, afuera llovía, en su mano traía un espejo cubierto. Se sentó frente a mí y lo descubrió. Me quedé inmóvil. La mujer que tenía en mente se desvaneció dando lugar a un gris híbrido, a un animal a medio hacer. No era un hombre, no era una mujer.

Ahí fue cuando entendí la realidad: jamás llegaría a ser una mujer pero, tampoco, volvería a ser un hombre.

—Todavía queda mucho para hacer, no te asustes. Vamos a corregir la papada, la nuez de Adán, una liposucción…

—¿Y entonces por qué me traés el espejo ahora? Esto no es lo que quiero ver.

—Te lo traigo porque acá termina la primer parte del trato.

—¿Qué trato?

—No puedo seguir con todo esto sin nada a cambio.

—Pero te dije que no tengo plata.

—Nunca nadie habló de dinero.

No era dinero, efectivamente.

Esa noche me terminó de explicar todo el plan detalladamente, nombre por nombre, acción por acción. Él no era un hombre común y corriente, no tenía gustos comunes, imagínese… alguien que eligió como profesión cortar e intervenir cuerpos humanos no es alguien que podamos ubicar entre los parámetros de normalidad. El plan era el siguiente: des-

de esa noche en adelante, por cada cirugía que él me hacía yo debería contarle una historia basada en crímenes. Él elegía los protagonistas, el lugar a desarrollarse y el día. Yo sólo tenía que narrarla —una especie de Scherezada, digamos—. En el cajón de su escritorio tenía una amplia lista de nombres —tanto de mujeres como de hombres— que sacó en cuanto terminó de explicarme.

—Pero yo soy muy mala contando cosas. No tengo imaginación.

—No hace falta que inventes. Tenés que contarme exactamente las cosas como sucedieron. Acá están los nombres.

Lo que me proponía no era una simpleza. Me proponía matar.

La pendeja que se acababa de perder en la espesura de los árboles era mi última historia. El último paso para salir de esta especie de crisálida con forma de animal. Me paré rápidamente y seguí por el camino que había hecho ella. Mi respiración estaba entrecortada y sentía cómo me brotaba la sangre por dentro. Llegué a la parte en donde nos habíamos adentrado y caminé rumbo al centro de la ciudad. Ya era de noche y el frío empezaba a golpear duramente, fue media hora en la que perdí por completo la conciencia, no sé en qué momento comencé pero de repente me encontré corriendo entre la muchedumbre. Me detuve en un edificio. Toqué timbre y me abrieron desde arriba, subí al ascensor en completo silencio.

La puerta del departamento estaba entreabierta. Pasé y cerré lentamente detrás de mí. El cuarto estaba a oscuras, por la ventana entraba la luz de la luna que hacía brillar fragmentos de acero quirúrgico. Él estaba del otro lado de la mesa. Me miraba mientras hacía pasar por su garganta un seco trago de whisky.

—¿Cómo fue que la mataste? —me preguntó.

—¿A quién?

—No me boludees pendejo. A la última. La de hoy.

—Bueno —comencé—, estábamos en el parque, ella estaba a mi lado, sentadas en el piso. De un golpe me le puse encima y aferré su cuello.

—Con detalles.

—Se escapó. Yo empecé a correr. Llegué hasta la casa de la víctima. Entré despacio sin hacer ruido. La encontré sentada en su sillón. Me esperaba. Estaba tomando algo, no pude darme cuenta qué era. Me acerqué lentamente, pero sin quitarle los ojos de encima. Desabroché mi camisa y la tiré en el suelo. No quería mancharla de sangre. La víctima me miraba. Creo que todavía no entendía lo que iba a hacer. Entonces me reí. También se rió, pero creo que nerviosamente.

—A la pendeja ¿qué le hiciste?

—Me interrumpió preguntándome algo sin importancia. Creo que buscaba cambiar el eje de la conversación. En ese momento entendió cómo era la cosa, lo noté por su mirada.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—Se puso nerviosa. No tuve más remedio que sentarme encima suyo.

—Estás enfermo, pelotudo. Salí de acá.

—Me trató en masculino. Y yo detesto que me traten así. Me quiso sacar de encima. Pero era débil, supongo que por una mezcla entre la edad, el final de un día de trabajo y varias copas de alcohol adentro. Entonces amarré su cuello no tan virgen fuertemente. Sus ojos desorbitados del miedo se me clavaron encima. Yo sentía cómo el animal dentro de mí aullaba, ¿continúo? Le hice una pregunta pero no pudo contestar, decidí tomar los silencios como afirmaciones. Con la mano izquierda seguí apretando su cuello mientras que con la derecha busqué en la oscuridad algo que me ayudara. Agarré un bisturí. Comenzaba a llorar. Yo podía oler su

miedo. Lentamente y sin quitarle los ojos de encima comencé, pieza por pieza, con el mismo bisturí con él que formó mi cuerpo, a deformar el suyo.

Perdone si lo espanté con mi relato. Usted es la primera persona que sabe la historia completa. Espero sepa entenderlo. No es la forma en la que actúa una dama, ya lo sé, es que tampoco soy una. Igualmente no trate de corregirme, creo que tanto usted como yo tenemos la certeza de que nunca lo seré.

Mal tiempo

Agustín Barberis

I

Hacía frío y empezaba a lloviznar. Antes de salir del trabajo, Lidia se arregló el pelo en una trenza gruesa y pesada, que le pasaba la mitad de la espalda. *Así se me moja menos*, pensó.

—Estás muy desabrigada, Lidia —le dijo la señora Paula—. Te vas a enfermar. Vení que te presto una campera. Mañana me la traés. O quedátela. Mi marido ya no la usa.

Era una campera gruesa y mullida, de tela impermeable color azul oscuro. Lidia se la probó.

—Me queda un poco grande, ¿no?

—La verdad… parecés un astronauta.

Lidia y la señora Paula rieron al mismo tiempo, y se miraron con menos timidez que incomodidad.

—Es mejor que nada —dijo la señora Paula mientras acompañaba a Lidia hacia la puerta. Y agregó:

—Mirá si te pescás un resfrío, justo ahora. Acordate que mañana tenés que venir un rato antes, así te dejamos todas las indicaciones.

—Sí señora. Hasta mañana —dijo Lidia, y se fue a paso apurado, en dirección a la parada del colectivo.

No era muy tarde, pero por el mal tiempo ya se había puesto oscuro. Lidia estaba más cansada que de costumbre. Se sentía un poco débil.

Mierda que se puso frío. Menos mal que tengo la campera. Tiene razón la señora. Tengo que cuidarme. No puedo enfermarme ahora. Ni un resfrío. Tengo que cuidarme mucho ahora. Mañana voy al doctor. Mañana mismo voy al doctor. ¿Atenderán mañana? Mejor llamo antes. Total hay tiempo. Puedo esperar un poco. Por las dudas. No sea cosa que me digan que no puedo trabajar. Ahí sí que se pudre todo. Justo ahora. Mejor espero un poco. Espero a que vuelva la señora

Paula. Ella va a entender. Si no le fallo ahora, ella después va a entender. Y capaz me puede ayudar. Sí, mejor la espero a que vuelva, y le digo. Total hay tiempo. Sin los patrones, las tareas de la casa son más livianas. No hay tanto para hacer. Me las puedo arreglar bien. Y cuando vuelvan les digo. A la señora Paula, le digo. Ella me va a entender. Me re cuida la señora. Si no, no me daba la campera. Menos mal que me dio la campera. Qué frío que hace, la mierda. Mejor me apuro. Ya veo que pierdo el bondi.

En la parada del colectivo se habían amontonado unas veinte personas. Bajo el alero de chapa ya no quedaba lugar. Lidia se puso al reparo en el umbral de un edificio. Detrás de la puerta de vidrio, el guardia de seguridad la miró desconfiado. Ella se hizo la distraída, simulando buscar algo. En un bolsillo interno de la campera encontró un billete de cinco. Sintió hambre. *Mañana los devuelvo*, se dijo para tranquilizar la conciencia. Compró un alfajor en el quiosco de al lado, y volvió a resguardarse en la entrada del edificio. El guardia se paró más cerca de la puerta, siempre del lado de adentro. Mientras comía, Lidia consiguió relajarse un rato.

Una mujer alta, bien vestida, encaró hacia la puerta del edificio, y miró a Lidia con desprecio.

—¿No ve que está en el medio del paso? Este no es lugar para esperar.

Lidia estuvo a punto de contestarle alguna barbaridad, pero justo llegaba el colectivo, y no podía perder tiempo. A los empujones, consiguió subir. El amontonamiento y la humedad eran insoportables. Un vaho de circo se mezcló con el olor ácido del cromo gastado y sucio. Lidia se mantenía de pie como podía. Se puso pálida, y sintió las piernas como si fueran de cartón mojado. El alfajor le volvió casi hasta la garganta.

—¿Se siente bien señorita? —por fin alguien le ofrecía un asiento.

Lidia aceptó. El trayecto a esa hora y con lluvia se haría bastante largo. Era mejor viajar sentada. Del otro lado del pasillo, a la izquierda y al frente, una chica joven llevaba a un nene sobre sus piernas. Lidia sintió un calor helado, de fiebre. Se sacó la campera, y miró hacia afuera. Nunca había notado la cantidad de farmacias que había sobre la avenida. Se acordó de Marita. Agarró el teléfono y empezó a escribirle un mensaje, pero lo borró antes de terminarlo. Se colocó los auriculares, y puso música.

…este vacío que hay en mí
hace crecer la soledad
y siento que, me estoy
muriendo…

Pasó un tema, y luego otro, pero todo sonaba igual. Todas las canciones le parecían tristes. Apoyó la cabeza en la ventanilla. El frío del vidrio le trajo alivio. Fijó la vista en las gotitas de lluvia, y jugó con las formas abstractas que se dibujaban a medida que chorreaba el agua. Un collar de perlas, un mate con su bombilla, una vaquita de San Antonio.

II

Marita era mucho más grandota que lo que hacía suponer su nombre. El delantal blanco y el pelo recogido acentuaban esa imagen corpulenta, de brazos fuertes. Trabajaba hasta el mediodía en el dispensario del barrio, y después atendía en su casa, cerca del vado. Tenía un consultorio improvisado en el dormitorio, y se había hecho fama de tener buenas manos. Casi todos los días iba alguien a verla. Esta

vez, como tantas otras, Lidia hacía de ayudante. En la camilla estaba una chica que no debía pasar los quince, dieciséis años. Era la tercera del día. Todas por lo mismo. Marita le indicó desvestirse, y le pidió a Lidia que preparara la jeringa. La chica escuchó y comenzó a agitarse. Quiso llorar. Con una mano, Marita le alisó el pelo hacia atrás.

—Tranquilizate mi ángel. Todo va a salir bien. Es un ratito nomás.

—Tengo miedo.

—No pasa nada, en serio. Contame, ¿cuántos años tenés?

—Catorce.

—¿Y es la primera vez que hacés esto?

—Así sí, antes me daban unas pastillas.

—Entiendo. Ahora es un poco tarde para eso, así que vamos a probar con otra cosa. Pero vas a ver que es rápido. No pasa nada.

—Si se enteran me matan.

Marita no quiso preguntar más. Se apuró a revisar a la paciente. Había signos de que la chica había intentado algo por su cuenta. El caso estaba difícil. Lidia se aseguró de que las puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, y corrió las cortinas. Marita empezó a trabajar. Lidia observaba a unos pasos de distancia. La chica quedó muda un rato, y antes de que llegara a quejarse, Marita había terminado.

—Bueno, ya está mi ángel, ¿cómo te sentís?

—Me duele.

—Es normal, ahora te voy a dar unos calmantes, te vas a ir a tu casa y te vas a quedar quieta, acostada. No tomés nada. Si te duele mucho, o si te sale sangre, te venís enseguida. Urgente. ¿Entendiste?

—Sí.

Pero Marita sabía que nunca volvían. Y le quedaba una incertidumbre que, por mínima que fuera, siempre le provocaba algo de angustia.

—Poné la pava Lidi, nos tomemos unos mates. Hoy no atiendo a nadie más. Estoy reventada. Que vuelvan mañana.

Lidia notó que a Marita le temblaban las manos. De repente se le pusieron negras y ásperas, y se empezaron a desintegrar, hasta transformarse en un puñado de arvejas secas. Espantada, Lidia quiso gritar, pero no pudo. Cuanto más fuerza hacía, más se le comprimía el pecho, y sólo podía soltar un aliento ronco. La pava sopló su vapor agudo, y las puertas del colectivo se abrieron, en una de las paradas. Un poco de agua condensó en el lado interno de la ventanilla, y se confundió con una lágrima en la mejilla de Lidia, quien, en medio del sopor, buscó algún punto de referencia. Todavía faltaba mucho.

III

El Negro se lavó las manos, se echó un poco de desodorante y se puso una remera limpia. Después se fue a hablar con el capataz.

—¿Vos me llamaste, Rolo?

—Sí Negro, necesito hablar con vos. La cosa está jodida. Parece que van a parar la obra. Dicen que no les alcanza el presupuesto. Esta semana no creo que haya nada. Por las dudas, mañana no vengas. Yo te aviso.

El Negro, que entendía muy bien lo que significaban las palabras del capataz, descargó toda su bronca.

—La concha de tu madre, Rolo, ¿quién mierda te creés que sos?

—Tranquilo Negro. Yo no puedo hacer nada. Son órdenes de arriba.

—¿Y vos le creés al hijo de puta ése? ¿No ves que nos está cagando? ¡Qué mierda no va a tener guita!

—Tranquilizate te digo, vos sabés cómo son estas cosas, a lo mejor son un par de días nomás.

—Un par de días un carajo. Vos lo que sos, sos un botón. Un chupaculo de mierda. Sos la misma basura que él.

—Pará Negro, no te vayás de mambo que sabés que va a ser peor. No seas pelotudo.

—Chupame un huevo. Perdete este laburo de mierda por el culo. No hace falta que me eches, me voy solo, y no me vayas a buscar. Andá a cuidar a tu mujer, guampudo hijo de puta.

El Rolo sacó un puñetazo corto que le dio al Negro de refilón en una ceja. El Negro tambaleó un poco pero no se cayó. Apenas tocó el suelo con una mano, y enseguida se incorporó. Con el envión hacia arriba, le metió al Rolo un cabezazo en la base de la mandíbula, que le dejó la lengua guillotinada entre los dientes. El Rolo empezó a chorrear sangre y mientras se agarraba la boca con una mano, con la otra se tanteaba la cintura, como buscando algo. Rubén y el petizo Soria llegaron justo. Se lo llevaron al Negro, que ya estaba sacado por completo.

—Vamos Negro, ya está, dejalo, vamos a tomar algo —le propuso Soria, al tiempo que lo tironeaba de un brazo, y lo arreaba para el lado de la calle. Mientras tanto Rubén intentaba frenar al Rolo, que gritaba cosas incomprensibles, como si estuviera comiendo una papa entera, recién hervida.

Pudieron escaparse y, bajo la llovizna, el Negro, Rubén y Soria pedalearon hasta el bar. Entraron, se sentaron y pidieron lo de siempre. Una caja de tinto, un sifón y una hielera grande.

—Hasta cuándo, loco, no puedo seguir así. Se corta el laburo y todo se va a la mierda —se quejó el Negro, con la voz y los brazos agotados.

—Algo va a aparecer, siempre aparece algo —dijo Rubén—. Total, tu mujer está laburando bien, ¿no? Unos días se pueden arreglar con lo que saca ella.

—No me hablés de esa conchuda. Hace como un mes que no la puedo ni tocar. No sé qué mierda le pasa. Cuando no había laburo, porque no había. Después entré en la obra, y lo mismo. Siempre con cara de asco. Siempre le duele algo. Siempre está cansada.

—¿Y no será que anda con otro? —disparó Soria con una mueca pícara.

—¿Vos querés que te deje la jeta como al Rolo, querés?

—Bueno Negro, tranquilo… es joda che —dijo Rubén—. Andá a pedirte otro vino, que con uno solo ni arrancamos. Olvidate del Rolo, de tu mujer… Olvidate. Ya va a mejorar todo, vas a ver.

—Vos lo decís así, tranquilo, porque todavía tenés laburo.

—¿Quién dice? ¿Qué sabés si mañana no nos echan a todos? Después del cabezazo que le metiste al Rolo…

—Cómo sangraba el hijo de puta.

—Bien merecido lo tiene, por botón.

—Y gorriado —agregó el petizo Soria.

—Por todos nosotros —acotó el Negro.

—¡Por todos nosotros! —vociferó Rubén, y levantó el vaso.

Brindaron, riéndose a carcajadas. Y estuvieron así hasta que se hizo de noche.

El Negro llegó a su casa caminando, con la bicicleta al lado. Recién ahí se dio cuenta de que le molestaba el ojo. Con las puntas de los dedos se descubrió un bubón gelatinoso en el párpado izquierdo.

—Lo único que me falta, Rolo y la puta que te parió —dijo en voz alta, mientras trataba de embocar la llave.

IV

El colectivo frenó de golpe y el nene que estaba con la chica joven se golpeó la frente contra el asiento de adelante.

Por la forma en que lloraba, era seguro que le dolía de verdad. Pero el escándalo mayor lo hacía la chica joven que, sin moverse de su lugar, insultaba a gritos al chofer.

Lidia se secó la transpiración de la nuca y guardó los auriculares, que le habían quedado colgando del cuello. El colectivo pasó el vado. Lidia se puso la campera y se preparó para bajar en la próxima parada. Pensó en el Negro.

Por ahí agarro y le digo. Capaz que no lo toma tan mal. Capaz que se puede. En una de esas, hasta me ayuda. Con un poco de esfuerzo podemos arreglar la casa. Total, estamos los dos con laburo. Y de últimas, puedo hacer pastelitos los fines de semana, para vender. Y por ahí el Negro consigue alguna otra changa, alguna cosa extra. Al final, si una lo piensa, las cosas no van tan mal desde que vivimos juntos. Más o menos nos llevamos. Es cuestión de hacer un esfuerzo, un poco cada uno. Ya sé, esta noche le preparo algo rico, algo distinto, y le digo. Puedo comprar algo de carne. Hacer unas empanadas. O un guiso. Está lindo para un guiso. Sí, le preparo un guiso, y después de cenar le digo. Ya me imagino la cara, se va a poner re contento…

Con los hombros encogidos, acortó un poco de camino por la canchita, que estaba menos embarrada que la calle. Un perro que escarbaba la basura al costado de una zanja le ladró dos veces.

—Hoy no tengo nada Flaco. Si querés acompañame unas cuadras, por ahí te consigo algo en la carnicería.

El perro agachó las orejas como si entendiera, y siguió con lo suyo. Lidia le dio unas palmadas, y se alejó por el pasaje de la plaza. En quince o veinte minutos estaría en su casa.

En un ambiente estaba la cama, el televisor, la cocina, y una mesa con dos sillas. El baño, apenas separado, completaba la vivienda.

Cuando Lidia entró, el Negro estaba medio dormido, con el televisor prendido. El ruido de la puerta lo hizo saltar de la silla.

—¿De dónde sacaste esa campera ridícula? Parecés un cobani.

—Por lo menos no me mojo, como vos. Mirá como estás, hecho un asco. ¿Y qué te pasó en la jeta?

—Nada, me golpié en la obra.

—No me mientas, estuviste tomando. Tenés olor. ¿Otra vez estuviste tomando?

—No rompás las pelotas, ¿querés?

Lidia no dijo nada. Apoyó las bolsas en la mesa, y se puso de espaldas al Negro, contra la mesada de la cocina. Llenó una olla con agua y echó dos puñados de arroz.

—¿Otra vez vas a hacer arroz? ¿Qué mierda hacés con la guita que ganás? —dijo el Negro, y se levantó de la silla. En silencio, Lidia enjuagaba una cuchara de madera. El Negro se le acercó y empezó a manosearla mientras le hablaba al oído.

—Contestame, guacha, a mi no me rebajás, ¿entendés?

Lidia trató de sacárselo de encima. Él la agarró a la altura del pecho, apretándole las tetas.

—Soltame Negro, ahora no, no me siento bien.

El Negro la tironeó de los pelos, la dio vuelta, y la revoleó sobre la cama, dejándola boca abajo. Con un movimiento brusco se desparramó encima de ella. De un manotazo le bajó el pantalón y la ropa interior, todo junto, y se la metió, bufando y empujando, enceguecido como una bestia. Estaba tan borracho que se quedó dormido antes de acabar. Lidia se lo despegó con el codo, y se fue para el baño. Abrió la ducha y se sentó en el suelo, bajo el chorro de agua tibia. Se abrazó sola, fuerte. Se estrujó la panza hasta que sintió dolor. Clavó los ojos en el hormigón mojado del contrapiso. Sintió nauseas. Se acurrucó aún más, hasta hacerse un bollito, con la cabeza

entre las rodillas. Todavía tenía puesta la campera. Sacó el teléfono del bolsillo. En la pantalla turbia y desenfocada buscó el número de Marita. Marcó, y cortó enseguida. Recordó que mañana tenía que salir más temprano. No podía llegar tarde al trabajo. Los patrones se iban de viaje y le habían pedido que fuera puntual, para dejarle todas las indicaciones. Además tenía que devolver la campera, y la plata del alfajor.

Maruata

Natalia Ferreyra

Se aburría. Ya iban cuatro días en los que las puestas de sol y el whisky de las ocho olían a rutina. Por la mañana inventaba objetivos para fotografiar los alcatraces que llegaban y partían de la orilla. El martes se había levantado a las seis y media y estuvo dando vueltas en la cama para no bajar tan temprano a la playa. La soledad se volvía espesa a esas horas.

Arena gris, ni muy gruesa ni tan fina pero lo suficientemente sólida para garabatear con un palo. Escribió su nombre y al verlo sobre la arena lo sintió lejano. Nadia. Nunca le había gustado. Lo sentía sin sabor, sin ninguna consonante fuerte. Trazó garabatos en círculos, algún oleaje. Quiso dibujar un pájaro, no le salió. Hizo lo mismo con un perro pero parecía un oso. Recordó la insistencia en los castillos de arena cuando era niña. Pensó comprarse un balde y una pala, le ayudarían a distraerse, pero después habría que cargarlos en la mochila. Lo desestimó.

Eran días donde ningún pensamiento perduraba. Estaba en un continuo rumiar y desechar, como quien mastica un chicle un largo tiempo y lo escupe con desidia contra el asfalto.

Melaque, al oeste mexicano, le había despertado el tedio, esa pesadez que se siente al amanecer para levantarse a hacer pis. Recostada en la arena, abría y cerraba el ojo izquierdo para ver si enfocaba el sol. Después, lo hacía con el derecho. Había horas en que el brillo era tan intenso que era imposible divisar el contorno. Cada tanto miraba para atrás y encontraba pescadores arrastrando balsas u ordenando carnadas. Más allá, un señor de unos sesenta y pico leía el diario: "¡ubilado, seguro que canadiense ¡ubilado".

Bostezaba. Se rascaba la cabeza. Hacía sonar su espalda con el peso de sus omóplatos bronceados. Sentía espesor en sus manos, en los párpados. No encontraba posición cómoda sobre la lona. Se quedó dormida tapándose los ojos

con el libro que compró en la tienda de Chichen Itza: "La Reina Roja".

Abrió los ojos y salivó esa sensación pastosa que delata haber dormido más de la cuenta. Le ardía la cara. Se puso de pie y empezó a caminar arrastrando el bolso de playa por la arena.

En su marcha hacía el hotel decidió retirar sus cosas, irse. La playa en lugar de relajarla le desató el fantasma de su partida de Argentina. Viajar era la última etapa del duelo. Los primeros meses pensó que todo estaba cerrado. Un fracaso amoroso a los veintiséis años era lo mejor que podía sucederle a una mujer que prefería viajar antes que invertir en un auto o sacar un crédito hipotecario. Pero había días donde todo le sonaba demasiado pasajero. La lata de frijoles, las cenas de pack de fideos precocidos, los tipos de hostel haciéndose los amables, la logística para ducharse en baños compartidos, la amabilidad con japoneses, yanquis, franceses y el extremo cuidado que debía tener con sus billetes y pasaporte.

"Cuando la cabeza empieza a quemar, volvé a la ruta", le habían dicho unos pibes que viajaban desde hacía cuatro años por todo el mundo. María y Juan. Se conocieron en Buenos Aires, salieron tres meses. Un día él le contó que se iba y le preguntó si ella se animaba. Ella dijo que sí y partieron. María andaba rapada y Juan cargaba una barba de siete meses. Desde Guadalajara irían al desierto en un escarabajo que llamaban "Frijolito". La invitaron a sumarse pero prefirió seguir sola, como lo había planeado desde el principio.

Se dirigió a la terminal. Ningún cartel anunciaba Maruata. Estaba segura de que existía por la zona. Lo había leído en la guía. María le había recomendado viajar con *Lonely Planet*, brindaba datos seguros. Sacó la guía y chequeó que en Maruata estaban las tortugas marinas más antiguas

del continente. "Playa agreste, poco concurrida por turistas, en el medio de la selva michoacana. Un lugar donde la naturaleza impide aburrirse", leyó en voz alta. Se imaginó nadando entre enormes caparazones verdes. Se figuró el tacto de sus pieles como quien roza la piel histórica de una anciana. Recordó a su abuela y pensó que tocar a las tortugas sería algo así como acariciar a Titi, la mamá de su mamá, que agonizaba con noventa y tres años en un geriátrico de barrio norte.

—¿Cómo hago para llegar a Maruata? —preguntó a una señora de cuarenta y pico que atendía la única casilla de pasajes.

—No hay nada directo. Tiene que tomar un *camión* a Lázaro Cárdenas y de ahí, dirigirse a Maruata.

Según sus cálculos llegaría a destino antes que anocheciera, pero una goma pinchada la obligó a presenciar el atardecer en la ruta. Volvió a chequear la guía: "Maruata". Miró a su alrededor y notó poca gente. Quince hombres, tres ancianas y una pareja joven con un carrito de bebé de tela amarilla con dobleces. Se imaginó que la chica quedó embarazada y tuvieron que casarse. Especuló cuánto habían tenido que ahorrar para comprar el cochecito que cargaban.

Las personas sentadas en los cuatro primeros asientos comentaban con el chofer lo difícil de los traslados. "Uno *chambea* y se va toda la *lana* en la ida y en la vuelta". Se sintió inútil, no era más que una burguesa que viajaba por el solo hecho del trayecto, del paso ajeno del tiempo.

Se fijó la hora en la muñeca del señor que estaba sentado del otro lado del pasillo: 20:05. Llegaría de noche. Primera vez que arribaría de noche a un pueblo mexicano. "No importa. Está todo bien" se dijo pensando en su madre que sin ser judía le había hecho prometer un viaje seguro, diurno y con reservas anticipadas de alojamiento.

—¿Quién baja en Maruata? —gritó al rato el chofer.

A medida que el ómnibus se alejaba la ruta perdía sentido. No había más que una fotografía de manto denso. "¿La luz, acá no hay luz?". La mochila le pesaba. Caminó a la derecha atraída por una construcción de grandes dimensiones que parecía una escuela. "Nuevo Hospital Municipal". Las rampas todavía eran de tierra. Parecía no haberse inaugurado. Era de un blanco desteñido que dejaba ver las imprecisiones de algunos bloques. "Debería ser celestito", pensó. Rodeó la construcción. Cerrada.

Optó por caminar derecho. "Las calles anchas por más que sean de tierra siempre desembocan en algo. Si te perdés siempre agarrá por ese lado", le dijo un londinense en su paso por Distrito Federal. El trazado urbano de tierra seca la hacía dudar de alguna figura pública en la zona. Oyó pasos. Giró y ahí estaba a pocos metros la pareja del colectivo. Serenó el paso para que ellos fueran los que se acercaran. "Hola, disculpen, ¿algún hotel por acá?". Se miraron y el muchacho comenzó a hablarle a la chica en una lengua incomprensible. Recordó que en México hay más de sesenta lenguas vigentes. De nuevo: "Dormir. ¿Un lugar para dormir?". Se ayudaba con señas. Tomaba sus manos en forma de almohada y recostaba su cabeza sobre ellas. Subió más la voz y repitió "dormir, un lugar para dormir".

En tono pausado el muchacho habló: "Pa' aquel ladito hay unas cabañas pero no sé si ahorita están". Miró en esa dirección y vio un destello de luces rojas, verdes. Le pareció oír tonos de música *banda*. "También hay bares para hombres allá". Para ese lado no iría. "Nosotros vamos para el este que están las piezas...". "¿Se alquilan?". "Sí, sí...". Pensó que había tenido suerte y se echó a caminar con la pareja y el cochecito.

La ruta, el hospital y la zona "de bares de hombres" quedaban atrás. Adelante, el monte. Los senderos de tierra desaparecían para dar lugar a pequeños surcos. Los árboles

eran medianos, parecían bananeros por sus hojas anchas y de apariencia brillante. El aire, húmedo. Sintió un poco de frío, pero prefirió cruzar los brazos antes que desarmar la mochila por un buzo.

El camino se abrió de repente y la luna iluminó la tierra. Se dio cuenta que pisaba sobre el curso de un río seco. Frenó de golpe y preguntó "¿por acá dónde vamos?". El muchacho le dijo que no tuviera miedo, que iban a las piezas, donde ellos vivían y que ahí había cuartos para alquilar. Le dio miedo que él mencionara la palabra miedo. Pensó volver a la ruta pero ya no sabía para dónde quedaba. Dudó en dirigirse a la zona de "bares de hombres" y pedir un teléfono pero decidió continuar.

Atravesaron la anchura seca cubierta de piedras y al girar, a veinte metros, un grupo de pequeñas cabañas que con más luz sólo serían *palapas*. Cuatro perros ladraron sin pausa hasta que la vieron de cerca. Había dos o tres autos con las puertas abiertas, como si alguien acabara de bajar de ellos o estuviera descargando bultos. La pareja entró a una de las casillas, le ordenaron que esperara. A los tres minutos salieron acompañados de una señora de unos ochenta años con una curita en el cuello.

"Aquí tiene una pieza", dijo la vieja en un tono que le resultó algo violento. Abrió la casilla y encontró un joven manco de unos trece años intentando cargar su ropa. Pensó que estaban desocupando el cuarto para alquilárselo a ella. Le dio apuro, sintió la culpa cristiana de arrebatar algo ajeno. "No, no, pero si acá duerme él, no…". Miró más allá del núcleo principal de construcciones de madera y vio una caseta más alejada. "¿Ésa? ¿Cuánto cuesta ésa?", señaló. "Cien pesos". "¿Tiene llave?". "Sí, sí…". "Deme ésa". La señora le explicó que el baño quedaba afuera, a unos treinta metros. Aceptó igual. Abrió la puerta y vio dos camas matrimoniales, una mesa rectangular de madera y un mosquitero

naranja que colgaba del techo. Dejó la mochila y caminó hasta el baño.

Unos hombres jugaban a las cartas sobre una mesa de hierro. Dijo buenas noches y bajó la mirada. Pensó que la remera que tenía puesta le marcaba un poco los pechos, se encorvó un poco hasta alejarse. Dio la vuelta y encontró un viejo con un sombrero blanco sucio frente a un televisor que aullaba una canción patria. A la izquierda del televisor, un atril sobre el que descansaba una imagen de la virgen de Guadalupe rodeada de cinco velas pequeñas y lucecitas titilantes como las que se usan en navidad.

Pensó en sus padres. Qué dirían si la vieran allí, rodeada de tres mesas vacías en el medio del estado de Michoacán con el ruido parejo del zumbido de los mosquitos.

De una puerta contigua al televisor se asomó una mujer que parecía ciega. Sus ojos tenían un líquido blanco que se aglutinaba en las ranuras internas de los párpados. La miró como esperando que le hablara. "Disculpe, ¿para comer tiene algo?". "A esta hora si gusta le puedo hacer unas quesadillas". Pidió dos con una coca. Se sentó a dos mesas del señor que no parpadeaba ante la pantalla. Comió y se fue rápido a lo que sería, esa noche, su cuarto.

Eran las diez. Miró el mosquitero, miró la otra cama. Chequeó el cierre de la puerta. Contó, veintidós, veintitrés, veinticuatro, una, dos, tres, cuatro, cinco, sí, ya casi a las seis amanecería. Había que pasar nueve horas hasta que el sol la habilitara a partir. Ya lo tenía decidido, se iba. "No va a pasar nada. Voy a dejar la luz prendida", pensó.

Retomó el libro de Ramonet en sus manos y continúo el capítulo donde Fidel cuenta cómo conoció a Ernesto Guevara. Leía dos párrafos y se paraba. Iba hacia la puerta y bajaba hasta el cerrojo para mirar afuera. Se sintió presa del exterior, obligada a permanecer toda una noche en un poblado que olía a homicidio y rapto.

Por la ranura de la puerta vio poca luz y un auto descapotable amarillo. Le pareció extraño. Tomó la mesa de madera y la apoyó contra la puerta.

"Si alguien quiere entrar, no va a poder por la mesa", se aliviaba.

"Pero, con una patada, ya está".

Apagó la luz para que la caseta pareciera vacía. Se acostó en una de las camas, con las zapatillas puestas y el bolsillo interno donde tenía el pasaporte y la plata. Pensó si siete mil pesos mexicanos serían suficientes para comprar su vida en caso de que la asaltaran.

Silencio. Viento.

Las tortugas, cerca.

Oyó un auto. "Otro auto". Se paró. Intentó caminar despacio hasta la puerta para chequear una vez más por la cerradura. El auto se detuvo con el motor en marcha. Dentro, dos hombres hablaban. Empezó a recordar escenas de películas que relataban la trata de blancas. Pensó en las muertas de Juárez. Imaginó un secuestro, su desnudez en medio de una ducha helada con olor a gato y cigarrillo. Sacudió su cabeza para no pensar. Se alejó de la puerta y buscó en su mochila la tijera y el repelente de insectos. Eso le daría tiempo para correr hasta… ¿hasta dónde? Pensó que se metería en los yuyales. ¿Y si abría la puerta? ¿Por qué esperar?

Oyó el auto arrancar y alejarse. Suspiró. Su cuerpo temblaba. Volvió a la cama e intentó concentrarse en la lectura. Era en vano. Cada oración era sacudida por un ladrido de perro o por pasos lejanos pero lo suficientemente sonoros para ponerla en alerta y volver a espiar por la ranura de la puerta.

Empezó a llorar sin exclamación. La glotis le rozaba la sequedad de la garganta. Se sintió inmadura y terca. "Por unas putas tortugas". Sentía el miedo como nunca lo había conocido. Los pies se le acalambraban de la ansiedad y

sudaba en frío. Necesitaba el amanecer para alejarse de esa choza. Se imaginaba la vieja de ojos pastosos blancos hablar con los hombres que jugaban a las cartas. Elucubró diálogos en torno a ella. Quién la ataba, quién la daba vuelta, quién la mataba. Se vio resistiendo, se vio gritando. Imploró a la Virgen de Guadalupe, suplicó a un Cristo. Pidió perdón por la necedad con la que a veces decidía las cosas.

Eran las 3:45 cuando sintió la manija girar. Se puso de pie y fue hasta la puerta. Por el orificio de la cerradura no se veía nada. Apoyó el oído izquierdo contra la puerta y sintió el respirar sereno de alguien. Agarró la tijera y se puso frente a la puerta con la mirada fija en la manija. Con el brazo en alto temblando pensó en un punzada seca y directa a un cuello anónimo que atravesaba la puerta.

Se despertó sentada contra la puerta y con el cuello contracturado. Sintió la claridad en sus pupilas. Se puso de pie, tomó la mochila, guardó el libro, el repelente y la tijera. Corrió la mesa y abrió la puerta. Olió el agridulce de la brisa del mar y pensó en las tortugas. Se dirigió a la casilla de la vieja, tocó la puerta y le entregó la llave. "¿No se queda más hijita?". No le respondió, sólo hizo un gesto tímido con la cabeza mientras pensaba en la manija que había girado hacía algunas horas.

Caminó rápido por el único camino que divisó al oeste. Llegó al hospital, a la ruta. Después de tres horas frenó un autobús de línea.

—Voy a Uruapán —dijo el chofer.

—¿Por sesenta pesos me lleva?

Encontranos en


www.eduvim.com.ar


eduvim prensa


eduvim.blogspot.com


@eduvim

Buscanos en

Librería Universitaria Medioteca
Av. Sabattini 40 - Villa María (Cba.) CP 5900
+54 (353) 4539118

Librería Universitaria Campus
Arturo Jauretche 1555 - Villa María (Cba.) CP 5900
librecampus@gmail.com

Librería Universitaria Córdoba
Félix Frías 60 - Córdoba Capital - CP 5004
libreriauniversitaria.cba@gmail.com
+54 (351) 4265713

Distribuidora Tramas
Piedras 575 - Planta Baja (CABA)
Contacto: Silvia Barrios - silfeba@gmail.com
+54 9 (11) 53277306 / +54 (11) 43454774

Librería Virtual
www.ulibros.com

Impreso por orden de
EDUVIM
Agosto 2013
Carlos Pellegrini 211 P.A. - Tel: 0353 - 4539145
Villa María - Córdoba
http://www.eduvim.com.ar
Universidad Nacional de Villa María

Pajarito de agua

En estos cuentos está la posibilidad de espiar algo de lo que escriben cinco jóvenes narradores de nuestra provincia. Tres de los relatos hablan de un crimen. O de varios. En uno de ellos aparece, descarnadamente, la violencia que atraviesa lo social –el trabajo y sus precariedades– y lo íntimo –los horrores que a veces suceden puertas adentro–. La violencia política también está presente. Hay un viaje que se convierte en la "última etapa" de un duelo. Hay una tropilla de miedos que sale invadiendo el paisaje. Hay transformaciones.

Este libro presenta los trabajos ganadores del II Festival Internacional de Literatura de Córdoba. El eje narrativo propuesto fue: "La literatura, espía de la realidad", e intenta servir de enlace entre los lectores y estos nuevos narradores.

Bienvenidos
Eugenia Almeida

9 789876 990882